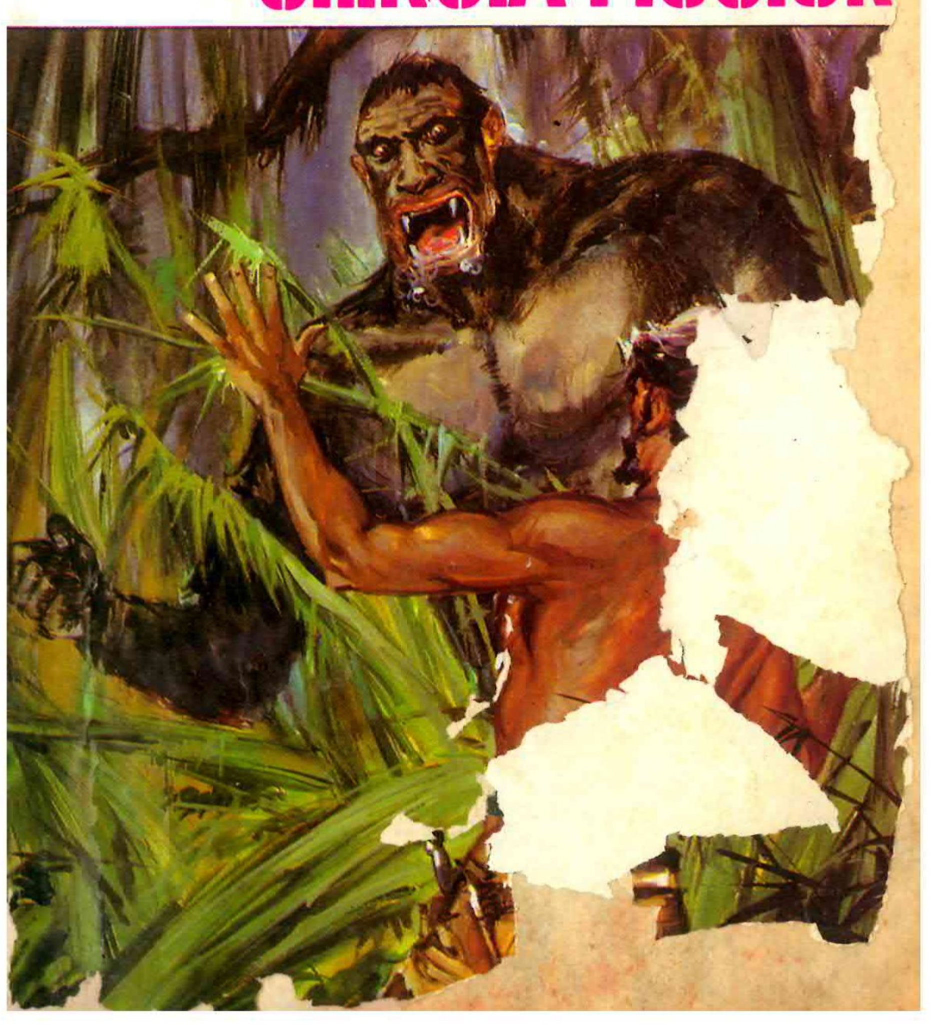
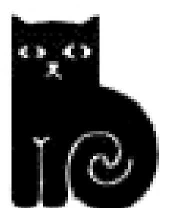
La conquista del ESPACIO

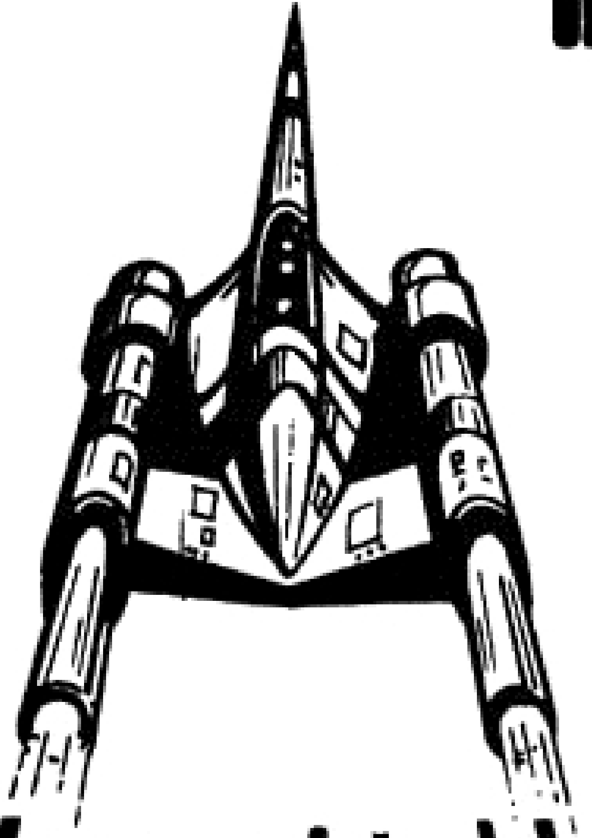
UN CEREBRO DE IDA Y VUELT[A]

Glenn Parris[h]

CIENCIA FICCION







La conquista del ESPACIO

GLENN PARRISH

UN CEREBRO DE IDA Y VUELTA

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 536
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTA - BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal B 27.377 1980
Impreso en España — Printed in Spain
1.ª edición en España: NOVIEMBRE, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial**

Bruguera, S. A.

CAPITULO PRIMERO

Tenía hambre. A Gil Krottyn le parecía sangrientamente irónico el hecho de estar hambriento en pleno siglo XXIV. Y, pese a los adelantos de la civilización, en el año 2.358, todavía había alguien que se veía obligado a buscar su comida entre los cubos de basura.

Había, por supuesto, trituradores colectivos de basuras en los edificios, pero todavía quedaban zonas en la gran ciudad a las que no habían llegado aún aquellas comodidades. Krottyn no podía soñar siquiera en ir a la parte alta. Tenía que vivir allí... si a lo que hacía se le podía llamar vida.

En un callejón oscuro y maloliente encontró una fila de grandes cubos de basura. La gente que vivía en aquellos barrios no se distinguía precisamente por sus medios de fortuna, pero, al menos, la comida era relativamente barata y no faltaban personas a las que sobraban alimentos.

Levantó la tapa del primer cubo y casi gritó de alegría. Allí, envuelto a medias en un trozo de papel grasiento, había un gran pedazo de pan con algo de carne fría. Krottyn agarró el bocadillo y se dispuso a devorarlo.

Entonces, una mano que parecía surgida de las tinieblas de la noche le arrebató la comida. Krottyn aulló coléricamente y se revolvió contra el ladrón.

—¡Es mío! —gritó.

—Mío —dijo el otro, sonriendo perversamente.

—Voy a darte...

Pero Krottyn no pudo seguir hablando.

El ladrón tenía una navaja automática en la mano derecha.

—El bocadillo es mío por derecho de conquista —dijo cínicamente.

La navaja golpeó dura y secamente el pecho de Krottyn. Este sintió un agudo dolor en el corazón y vio que todo daba vueltas a su alrededor. Extendió los brazos, quiso agarrarse a algo, pero no encontró ningún asidero y cayó de bruces. Cuando su cara tocó el asfalto, se dijo, con su último pensamiento, que ya no tenía hambre.

Poco después, aparecieron un par de policías.

—Bah, es un vagabundo —dijo uno despectivamente.

—Un muerto de hambre —calificó el otro.

—El mundo no ha perdido nada con la desaparición de este tipo. Voy a avisar a la Central.

Más tarde, llegó el forense. Su diagnóstico fue rápido y conciso, hecho con la seguridad del que había visto demasiadas personas muertas violentamente.

—Fallecimiento por herida en el corazón —dijo—. Muerte instantánea. Pueden llevarlo al depósito.

—Estará allí treinta días en la «nevera» —manifestó el policía que había encontrado el cuerpo de Krottyn—. Pasado ese tiempo, si no aparece nadie a reclamar su cuerpo, lo enviarán al incinerador.

El forense se encogió de hombros.

—Eso es ya cuenta de ustedes —se despidió.

De repente, apareció un hombre.

—Soy el doctor Florenz —se presentó—. Ese pobre desdichado era primo mío. Por parte de madre, claro.

Los policías le saludaron respetuosamente.

—¿Quiere decir que piensa reclamar su cadáver, doctor? —preguntó uno de ellos.

—Después de los trámites correspondientes, por supuesto —respondió Florenz—. Mi primo era un hombre descarriado, tenía que acabar así, de mala manera. Pero al menos, me ocuparé de que se le hagan unos funerales decorosos.

—Puede dirigirse al capitán Bowen, que es el comandante de nuestra división. Le atenderá con mucho gusto, doctor.

Florenz sonrió.

—Gracias por su cooperación, caballeros.

* * *

Krottyn abrió los ojos y contempló el techo. Estaba tendido en algún sitio, pero no en el suelo. Si era una cama, no era demasiado blanda, aunque tampoco tenía una tabla bajo sus espaldas.

La luz era suave y no hería las pupilas, aunque permitía ver las cosas sin dificultad. Krottyn trató de recordar lo que le había sucedido.

Hambre, un cubo de la basura, pan y carne... y otro hambriento que le había disputado la comida, llevándosela después de asestarle un navajazo en el corazón. Pero, ¿no había muerto?

La cabeza le dolía un poco, aunque no prestó demasiada atención a la molestia. Lentamente, notó que le volvían las fuerzas y que la sangre circulaba con más ardor creciente por sus venas. Al cabo de unos minutos, adquirió la convicción de que podía moverse.

Entonces se dio cuenta de que estaba atado al lecho por unas sólidas correas. Una le sujetaba por el pecho, otra cruzaba encima de sus caderas y dos más le sujetaban las piernas. Los brazos, advirtió bien pronto, estaban libres.

Levantó una mano. Frunció el ceño.

¿De quién era aquella horrible mano, cubierta de un espeso vello azulado de tan negro?

El brazo también estaba cubierto de vello. Los pelos no tenían menos de diez centímetros de largo.

Irguió la cabeza un poco y miró hacia abajo. Luego se tocó la cara con ambas manos, palpándose la frente, los ojos, la nariz —pero, ¿era nariz «aquello» donde había dos orificios para respirar?—, los labios, gruesos y salientes...

Gritó. Un horripilante alarido brotó de su garganta. Enloquecido, quiso soltarse, pero las correas eran de una solidez a toda prueba y resistieron sus esfuerzos.

La cama estaba firmemente anclada al suelo y no se movió. Krottyn volvió a gritar.

No eran gritos, sino más bien aullidos de fiera, con una potencia indescriptible, que incluso le ensordecían a él mismo. Eran los rugidos de una fiera en el paroxismo de su furia, los atronadores lamentos de una bestia encadenada...

De pronto, aparecieron dos personas en su campo visual.

—Ya ha despertado —dijo el hombre.

—Pronto, doctor, es preciso calmarlo —exclamó ella.

La segunda persona era una mujer joven y atractiva. Krottyn sintió un pinchazo en el muslo izquierdo.

Rugió de nuevo. Quiso hablar, pero las palabras explotaban ininteligiblemente en sus labios. Casi de repente, notó que iba a perder el conocimiento. Trató, en un último intento, de romper las correas, pero las fuerzas le fallaron de súbito y se sumió en la inconsciencia.

* * *

Despertó, después de un lapso de tiempo que no supo calcular, pero en seguida notó que se hallaba en el mismo sitio. Alguien puso un tubo en su boca.

—Aspire.

Krottyn obedeció maquinalmente. Un líquido tibio y sabroso corrió por su garganta. La sensación de debilidad desapareció de su cuerpo y de su mente.

El hombre vestido de blanco se situó frente a él.

—Gil, soy el doctor Florenz —se presentó. Señaló a la joven—. Ella es Roxelia Amedden.

Krottyn hizo un esfuerzo.

—¿Qué me pasa? —preguntó.

—Está en el cuerpo de un mono gigante de Irmgod —explicó Florenz —. Bueno, su cerebro, claro. Necesitábamos de usted, Gil.

—Un mono... gigante...

—Sí —confirmó Roxelia—. Tenemos que hablar de muchas cosas, señor Krottyn.

—¿Quién les dio permiso para hacer una cosa así conmigo? ¿Por qué me han transformado en una bestia?

—Gil, si le sirve de consuelo, le diré que su cuerpo humano está perfectamente conservado y que podrá volver a él algún día. Pero ahora necesitamos de usted —dijo Florenz.

—Desátenme...

—Es pronto. Antes tiene que oírnos. Y no estamos seguros todavía de

cuál será su reacción. Aparte de que, en estos momentos, le resultaría imposible moverse. Compréndalo, su cerebro es humano, pero tiene "que dar órdenes a músculos muy distintos. Necesitará un periodo de entrenamiento, para que pueda alcanzar una coordinación perfecta entre la mente y el cuerpo.

—Doctor, no sé qué pretenden ustedes-, pero quiero que sepa que no pienso cooperar en absoluto con ustedes —dijo Krottyn firmemente.

Roxelia se volvió hacia el científico.

—Ya le dije que no daría resultado...

Florenz levantó una mano.

—Aguarda —dijo—. Gil, le guste o no, tiene que ponerse de nuestro lado. O no volverá jamás a tener forma humana.

Florenz retrocedió unos pasos, apretó un interruptor y un trozo de la pared opuesta se iluminó en el acto. Era un rectángulo de un metro de alto por dos de largo, completamente transparente, lo que permitía ver la figura de un hombre desnudo, dormido y con el cráneo afeitado.

Krottyn lanzó un rugido:

—¡Mi cuerpo!

—Sí —confirmó Lorenz sin pestañear—. Está ahí, perfectamente conservado, y puede durar centenares de años. Pero si aprieto cierto botón, detendré la maquinaria que permite la conservación de ese cuerpo y la materia orgánica iniciará irremisiblemente el proceso de putrefacción. ¿Lo comprende ahora?

—Eso es un chantaje...

—En efecto, es un chantaje, Gil —dijo Florenz, ahora persuasivo—, trate de ajustar a la realidad los mecanismos de su mente. Si he conseguido trasplantar su cerebro al hueco craneal de un simio, ¿no

piensa que también puedo realizar la operación en sentido opuesto?

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué han tenido que elegirme a mí precisamente? —clamó Krottyn.

Roxelia adelantó un paso.

—Se lo diré crudamente. A usted no le echará nadie en falta; nadie lamentará su ausencia. No tiene familiares ni amigos que le lloren ni le recuerden. Fue algo en tiempos, pero ahora no era más que un vagabundo que se peleaba por un mendrugo de pan. Se le considera oficialmente muerto y la ficha de su fallecimiento duerme en un archivo» de donde no saldrá jamás. Por eso le elegimos a usted.

—Es decir, me observaban ya hacía días...

—Así es —confirmó la joven.

—¡Pero a mí me asesinaron! Yo vi la navaja, sentí el golpe en el pecho, el corazón me dolió horriblemente...

—Todo fue un truco —sonrió Florenz—. La navaja era especial, en cierto modo, como las de guardarropía, en que la hoja retrocede al tocar el cuerpo de la supuesta víctima. Lo que sucede es que el retroceso estaba medido y parte del acero se hundió en su carne, cosa de centímetro y medio, lo justo para dar la sensación de que le habían propinado un feroz navajazo. Por otra parte, la navaja disponía de un mecanismo de inyección, que provocó en usted una catalepsia total. Por eso le creyeron muerto.

—El forense que le examinó es un hombre experto y se tragó el anzuelo —sonrió la joven.

—¿Y el que me acuchilló?

—Fui yo —dijo Florenz—. Naturalmente, disfrazado. Luego, al cabo de un rato, aparecí, dije que era pariente suyo y reclamé el «cadáver» para hacer un funeral decoroso.

—Pero en lugar de enterrarme, me trajo a... ¿adonde, doctor?

—Eso no importa ahora, Gil. De momento, ya hemos hablado bastante. Ahora le conviene descansar. Mañana iniciaremos los entrenamientos, para lograr una perfecta coordinación entre la mente y el músculo. Ese líquido que ha tomado contiene el alimento suficiente para doce horas. Duerma tranquilo y no se preocupe de más.

Krottyn intentó reír amargamente, pero lo único que consiguió fue emitir un horrible chirrido.

—Dice que no me preocupe... Pero, por todos los diablos, ¿qué es lo que pretenden de mí?

Florenz vaciló un instante. Roxelia dudó también pero acabó por hablar de nuevo:

—Será mejor que se lo digamos ya, doctor. Gil, ¿ha oído hablar alguna vez de Frecqul y de la Torre Máxima?

—Vagamente —contestó el hombre con figura de simio—. Frecqul es la capital de cierto planeta... Hay allí una torre de setecientos metros de altura...

—En la cual es imposible entrar, porque se han tomado las medidas suficientes para ello. En cambio, no se han preocupado de evitar que alguien llegue a la cima trepando por el exterior. Y eso es lo que usted tendrá que hacer cuando hayamos llegado a Frecqul —dijo la joven apaciblemente.

CAPITULO II

Lentamente, con innumerables errores al principio, Krottyn empezó a moverse, resignado ya a vivir durante un tiempo en el interior de un cuerpo de simio. Lo primero que tuvo que hacer fue habituarse a calcular las distancias, sobre todo, para los miembros superiores, que medían un largo casi el doble de sus brazos humanos. Era descorazonador alargar la mano para coger un vaso y ver que iba mucho más lejos de lo deseado por la mente.

Al mismo tiempo, casi tenía que aprender a andar, sosteniéndose sobre dos piernas que parecían nudosos troncos de olivo. El habla fue mejorando asimismo y sus músculos dejaron de sentir calambres y agarrotamientos por falta de ejercicio. El único estímulo que sentía era contemplar su cuerpo, a través de la mampara transparente que protegía la celda de hibernación, y al cual esperaba volver algún día.

A pesar de todo, no le resultó fácil, porque tenía que mover una mole de dos metros y medio de altura, con un peso de doscientos diez kilos. En alguna ocasión, Krottyn había oído hablar de los monos gigantes de Irmgod, pero nunca había visto uno, ni siquiera en imagen. Ahora era uno de ellos, con una interesante salvedad.

—Los simios irmgodianos son casi inteligentes; en realidad, se hallan en el estadio correspondiente al hombre de Neanderthal terrestre. No hablan, aunque sí emiten una serie de sonidos que los científicos han calificado de lenguaje muy rudimentario. En cambio, usted puede hablar, porque durante la operación modifiqué su aparato vocal.

La explicación de Lorenz no satisfizo demasiado a Krottyn, pero le resultó interesante. Florenz le hizo conocer también otras peculiaridades de los monos de Irmgod. Aparte de que eran carnívoros cuando la ocasión se presentaba, podían ser caníbales.

—Sí, se comen a los viejos y enfermos si el hambre aprieta —dijo el doctor—. En cuanto a la carne, no tienen preferencias, con tal de que proceda de un ser viviente. Lo mismo les da la carne de hombre que la

de serpiente...

Dos semanas más tarde de haber despertado por primera vez, Florenz entregó a Krottyn una guitarra.

—Usted, en tiempos, era aficionado a tocarla —dijo—. Recobre otra vez el tacto.

Krottyn destrozó cuatro guitarras antes de que sus manos adquiriesen la delicadeza suficiente para rasguear las cuerdas sin hacerlas saltar.

Pero durante aquellas semanas de entrenamiento, había advertido, no sin sorpresa, que tenía también otras dos manos, como todo simio. También las había entrenado y era capaz de comer con las que ocupaban el puesto de sus pies humanos, así como de hacer otras muchas cosas.

Por dicha razón, junto con la guitarra, Florenz le entregó dos curiosos instrumentos: unas castañuelas, que tocaría con la mano inferior derecha y una especie de campanillas de plata, de forma semiesférica, que sujetas convenientemente en los dedos de la mano inferior izquierda, formarían el acompañamiento para la guitarra y las castañuelas.

Krottyn preguntó por Roxelia unas cuantas veces. La respuesta que recibía era invariablemente idéntica en todas las ocasiones:

—Ella también está entrenándose.

Pero Florenz no le dijo nunca para qué se entrenaba. A estas alturas, Krottyn sabía ya que se trataba de una misión secreta. No se lo habían dicho, pero era fácil imaginar que no habían hecho con él tantos esfuerzos sólo para un viaje de recreo.

Roxelia apareció a los dos meses. Florenz la acogió con vivas muestras de alegría. Krottyn la miró a través de sus ojillos de simio. El corazón casi le dolió al contemplar a aquella hermosa mujer.

Roxelia era alta, un metro ochenta descalza, de larga y abundante cabellera negra, tez muy suave, un tanto oscura, y ojos grandes, rasgados y almendrados. Su silueta era la perfección misma.

—¿Cómo han ido tus entrenamientos? —preguntó Florenz.

—Magníficamente. Estoy en condiciones de actuar en cualquier momento. ¿Y él?

—Toca de maravilla —sonrió el doctor—. Haréis una buena pareja.

Krottyn oyó aquello y sacó la lengua, para emitir un sonido burlón. Luego dijo:

—Sí, claro, la bella y la bestia... ¿Cuándo me explicarán lo que debo hacer?

—Mañana —contestó Florenz—. Hoy haremos una acción de entrenamiento real. Pero ya lo verás a la tarde.

Al atardecer, en el propio aerocoche del doctor, los tres viajaron hasta un lugar montañoso, terriblemente accidentado. Florenz detuvo el coche en el fondo de un cañón de espeluznante aspecto, y después de apearse, señaló un colosal paredón rocoso, prácticamente vertical, que no medía menos de cuatrocientos metros de altura.

—Tienes que subir allí, Gil —dijo—. Sé que no has sido jamás alpinista, pero ahora debes hacerlo, sin más ayuda que tus cuatro manos.

Krottyn se quedó pasmado.

—¿Tengo que ir... allá arriba?

—La Torre Máxima mide setecientos once metros —terció Roxelia—. Además, está edificada sobre una montaña, una de cuyas paredes cae a pico sobre el valle, prácticamente vertical y de seiscientos cincuenta metros de altura. En total, son mil trescientos sesenta y un metros los

que tendrás que trepar, hasta llegar a la cima de la torre.

Krottyn sintió que se le secaba la garganta.

—No... no podré hacerlo...

Florenz señaló el imponente farallón de roca.

—Sube —ordenó.

—Si me niego, quemarán mi cuerpo humano, ¿verdad?

—Pero cuando vuelvas de Frecqul, tendrás tu cuerpo y diez millones.

—Y a mí, si lo deseas —añadió la joven.

Krottyn apretó sus inmensos labios.

—Te tendré —prometió rabiosamente—. Y luego te arrojaré a un lado, como una toalla de papel usada.

—No me quejaré —contestó Roxelia con sorprendente mansedumbre —. Pero ahora, ¡sube!

Krottyn se acercó al formidable muro y emprendió la ascensión. Cubrió los primeros metros aprensivamente, pero no tardó en descubrir la utilidad de sus cuatro manos. A los cien metros, se desenvolvía ya casi como si hubiera nacido simio. Otros cien metros más arriba comprobó, enormemente satisfecho, que aquel ejercicio no encerraba ya ningún secreto para él.

Los últimos doscientos metros fueron cubiertos con una velocidad que incluso a él mismo le sorprendió. Al llegar a la cima, se volvió, golpeó su enorme torso con los puños y lanzó un estentóreo rugido de triunfo.

—Lo conseguirá, muchacha —dijo Florenz, satisfecho.

—La cosa ha resultado aquí muy fácil, porque no tiene centinelas que sortear ni trampas que pueden actuar en el sitio menos pensado. Pero

en Frecqul...

—Oh, no te desanimes. Krottyn llegará a lo más alto de la Torre Máxima y traerá lo que tanto deseas. Lo que tanto deseamos, mejor dicho.

—Ojalá sea como dice —suspiró ella. Agitó una mano—. ¡Baja, Frogo!

Krottyn se reunió con ellos más tarde.

—Si no he oído mal, me ha llamado de una forma extraña —dijo—. Mi nombre es Gil...

—Mientras sigas con esa apariencia, te llamarás Frogo —contestó Roxelia firmemente.

* * *

Realizaron varias sesiones de entrenamiento más, todas ellas en lugares difíciles y arriscados, y siempre de noche.

Al fin, un día, Roxelia se encerró en una habitación con Krottyn y puso en funcionamiento un proyector.

—Quiero que veas la Torre Máxima —dijo—. Es hora ya de que sepas lo que debes hacer, Frogo.

—Ese maldito nombre...

—Es el más adecuado para tu figura actual.

Krottyn dejó de protestar y se concentró en las imágenes que aparecían en la pantalla. La torre impresionaba por su solo aspecto, emplazada en el borde de un acantilado no menos imponente. Una caída desde el punto más alto, resultaría algo espantoso, se dijo, al contemplar la proyección.

Luego, Roxelia proyectó una serie de fotografías de la cúspide de la

torre. Había una gran plataforma, con barandilla, para un paseo exterior, y otro paseo interior, cubierto con una cúpula transparente. La plataforma interior estaba a unos cinco o seis metros sobre la exterior, y tenía una anchura de unos quince o veinte metros.

En el centro se veía una caja de metal, de forma cúbica, absolutamente lisa, muy brillante.

—Tendrás que abrirla, pero ya te explicaré el procedimiento en el momento oportuno. Además, mañana emprenderemos ya el viaje. Cuando estemos a solas, iré dándote más detalles, a fin de actuar a los pocos días de nuestra llegada a Frecqul.

—Desearía hacerle una pregunta, señora —dijo Krottyn.

—Desde luego —accedió ella amablemente.

—Vamos a robar algo que, imagino, está muy bien guardado, y eso significa que es de enorme importancia. No preguntaré de qué se trata, sino, simplemente: ¿por qué?

—Es algo de vital importancia para un hombre a quien odio con todas mis fuerzas —respondió la joven.

—¿Estuvo enamorada de él? —preguntó Krottyn sarcásticamente—. Porque, a veces, el odio viene después de un amor... frustrado.

—No, nunca le amé. Pero sí amaba al esposo a quien él hizo asesinar el mismo día de nuestra boda.

—Oh...

—Celebrábamos el banquete de bodas y sus esbirros irrumpieron allí y le dieron muerte delante de mis propios ojos.

—Es decir, realmente no llegó a ser su esposa.

—Sólo llegué a serlo de una forma legal, pero para mí da lo mismo. No quiero que muera; resultaría una venganza más rápida, demasiado

insatisfactoria. Pero si consigues sacar lo que hay dentro de aquella caja, su derrota será absoluta y lo lamentará mientras viva. ¿Comprendes ahora?

Krottyn movió su cabeza simiesca.

—El odio no es bueno —dijo—. Envenena el alma y, a la larga, también el cuerpo. Pero eso es cuenta suya, señora Amedden.

—A partir de ahora, me llamarás por mi nombre, pero sólo cuando no nos oiga nadie. Recuerda: los monos de Irmgod no hablan.

—Pero sí tocan la guitarra, las castañuelas y las campanillas.

—Y yo bailaré al son de tu música, y así podremos llegar sin dificultad hasta las inmediaciones de la Torre Máxima.

—En su lugar, yo no me habría tomado tanto trabajo. Hay un procedimiento para conseguir eso que busca con la mayor facilidad del mundo.

—No comprendo...

—Lea la Biblia. Lea la historia de Judith. Así entenderá lo que quiero decirle.

Roxelia se quedó desconcertada un momento, pero acabó por asentir.

—Muy bien, lo haré en cuanto me sea posible.

* * *

Florenz les acompañó hasta el astropuerto. A Krottyn le habían puesto un collar de metal dorado, del que partía una delgada cadena que acababa en una de las manos de Roxelia. Además, llevaba una especie de taparrabos, de tela azul. Al entregárselo, Krottyn había hecho algunos comentarios sarcásticos sobre el concepto de pudor de los humanos. Florenz se había reído muchísimo, en tanto que Roxelia no había querido contestar siquiera.

Habían tomado un camarote para él, contiguo al de la joven. La nave zarpó con toda normalidad. Los primeros días de viaje se sucedieron sin incidente alguno.

Luego, al finalizar la primera semana, alguien llamó a la puerta del camarote de Krottyn. El joven abrió y se encontró frente a un tripulante, que le entregó un paquete.

—Para ti —dijo.

Y se retiró antes de que Krottyn tuviera tiempo de manifestar su asombro.

Abrió el paquete. Contenía una cinta de video y un mensaje:

Le conviene ver las imágenes grabadas.

En el camarote había un televisor, provisto de los mecanismos necesarios para la reproducción de imágenes. Krottyn insertó la «cassette» en el alvéolo correspondiente y dio el contacto.

El laboratorio de Florenz apareció de inmediato en la pantalla. Lo primero que vio Krottyn fue el cadáver del doctor, sobre un lago de sangre.

La suya se heló en las venas al contemplar el horrible espectáculo. Después, la cámara enfocó un rostro humano, que sonreía visiblemente complacido.

El hombre hizo un ademán y la cámara enfocó el cubículo transparente donde yacía el cuerpo humano del joven. Luego disparó varias veces una pistola, de la que salían rayos de luz intensísima.

El cristal protector voló por los aires y el líquido contenido en aquella cámara saltó en grandes chorros humeantes. Aterrado, Krottyn vio su cuerpo humano convertirse en una irreconocible masa de color negro.

Luego surgió un rostro distinto, la cara de un hombre de unos

cincuenta años, con facciones afiladas y ojos con pupilas que parecían de fuego.

El hombre habló:

—Dile a esa tonta que no lo conseguirá jamás.

Krottyn se sentía anonadado. Apenas sí pudo oír la voz de Roxelia que sonaba a sus espaldas.

—Shubaddar está equivocado. Lo conseguiré —afirmó.

CAPITULO III

—¡Ya no podré volver a mi cuerpo! —aulló Krottyn furiosamente, mientras se paseaba como una fiera enjaulada—. Mi existencia anterior no era buena, lo admito, pero al menos era un hombre y no un mono.

—Cálmate, Frogo —pidió la joven—. Shubaddar cree haber ganado la partida, pero todavía no podemos darnos por vencidos.

—¿Cómo? Roxelia, escucha. No sé quién es ese hombre, ni me importa en absoluto, pero una cosa es evidente: tiene un fenomenal servicio de información...

—No tan bueno como crees —dijo ella.

—¿No? ¿De veras piensas así? Pues estás terriblemente equivocada. Sabe, incluso, que soy capaz de hablar... porque si te fijas un poco, habrás podido darte cuenta de que me envió el cartucho de vídeo «a mí» y no a ti. Y también incluyó un mensaje escrito, todo lo cual significa que conoce al dedillo cuanto hemos estado haciendo los últimos meses. ¿Te convences ahora?

—Frogo, por favor, cálmate. Las cosas no están bien, lo admito, pero tampoco están tan mal como imaginas. Conseguiremos llegar hasta la Torre Máxima... bueno, lo conseguirás tú...

—Espera un momento —la interrumpió, él—. Todavía no me has dicho quién es Shubaddar.

—El primer ministro de Frecqul.

—Ah, vamos, se trata de una intriga política...

—Así podría llamarse. Pero, por ahora, no puedo darte más explicaciones. Ten fe en mí, te lo ruego.

Krottyn vaciló un instante.

—De todas formas, no viviré ya mucho —dijo, resignado—. Shubaddar está divirtiéndose con nosotros, permitiéndonos jugar a los espías, y cuando se canse, enviará a sus esbirros y nos liquidarán. Sólo espero que la cosa sea breve y no duela demasiado.

Roxelia sonrió de un modo especial.

—Celebro que te lo tomes así, aunque debo contradecirte en parte: no nos matarán los esbirros de Shubaddar. Y ahora, ¿por qué no procuras tranquilizarte? El capitán me ha pedido que actúe esta noche, para distracción de los pasajeros. Tienes que acompañarme con tus instrumentos.

—Para músicas estoy yo —rezongó Krottyn.

—Vamos, tenemos que seguir desempeñando el papel hasta el final. Y si Shubaddar conoce unos cuantos trucos... yo también tengo un par de ases en la manga, que enseñaré en el momento oportuno.

Hizo una pausa y añadió:

—Además, se producen muertes por accidente con mucha frecuencia. No nos será difícil encontrar un cuerpo humano más o menos parecido al tuyo. No será el mismo... pero tampoco el de un simio.

—Sí, pero Florenz ha muerto.

—No es el único capaz de hacer un trasplante de cerebro.

Krottyn calló un instante. Luego esbozó una simiesca sonrisa:

—Cuando estuve en Frecqul hace cinco años, de turista, no podía imaginarme que un día volvería convertido en mono —dijo.

—Un día volverás otra vez como humano —vaticinó Roxelia.

El espectáculo resultó todo un éxito. Era un enorme contraste ver al gigantesco cuadrumano, tocando tres instrumentos a la vez y con una armonía difícil de igualar.

La feroz bestia, de color negro azulado, era el contrapunto adecuado para la hermosa figura que bailaba como si tuviera alas en los pies. Roxelia, con el esbelto cuerpo apenas cubierto por unas livianas gasas, era el centro donde confluían todas las miradas, en especial las masculinas. Al terminar, resonó una atronadora salva de aplausos.

Luego, Krottyn tomó un cuenco y empezó a pasar por los espectadores. El recipiente quedó bien pronto lleno de monedas y billetes de todas clases.

—¿Por qué hemos tenido que mendigar? —preguntó él más tarde, en la soledad de su camarote.

Sentada ante el tocador, Roxelia se cepillaba la frondosa cabellera.

—Soy una mujer pobre y de algo tengo que vivir.

—¿Tú, pobre? —dudó él.

—Al menos, en apariencia. ¿Has contado el dinero?

—Sí, unos tres mil doscientos...

—Aquí viajan personas adineradas. En Frecqul no conseguiremos tanto por una sola actuación.

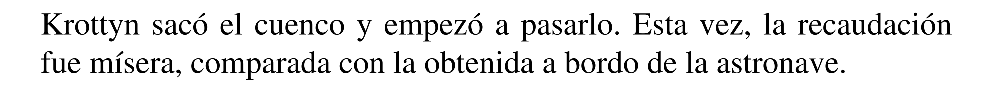
—¿Tienes ya contratado el teatro?

Roxelia soltó una carcajada.

—¿Teatro? Nuestro escenario serán las calles de la capital —contestó sorprendentemente.

* * *

Krottyn terminó de tocar sus instrumentos y Roxelia se inclinó repetidas veces ante el grupo de espectadores que se habían congregado en aquella plazuela para ver el espectáculo.


Krottyn sacó el cuenco y empezó a pasarlo. Esta vez, la recaudación fue mísera, comparada con la obtenida a bordo de la astronave.

—Aquí no hay ni para un par de pollos de Frecqul —dijo él, indignado.

—Las gentes de estos barrios no poseen un alto nivel de vida —explicó la muchacha—. Pero, a su manera, han dado mucho más que un espectador millonario. Puede que algunos se queden sin cenar, sólo por habernos entregado su última moneda.

Krottyn paseó la vista por los alrededores. Casas viejas, a punto de derrumbarse muchas de ellas, suciedad, mugre... Parecían los suburbios de una ciudad terrestre de fines del siglo veinte.

—Y esto, ¿no tiene remedio?

—Claro que lo tiene. Pero depende de Shubaddar.

—No quiere hacer nada, ¿eh?

—La gente de estos barrios no le interesa en absoluto —contestó ella—. El obtiene su poder de la «ciudad-núcleo».

—¿Qué es eso? —preguntó Krottyn.

—El sector donde se acumulan las finanzas y el poder político. Imagínate lo demás.

—Sí, claro.

Guardaron silencio, mientras caminaban hacia la casa que Roxelia había alquilado a los pocos días de su llegada. Krottyn, como de costumbre, simulaba dejarse guiar por la cadena que ella llevaba en una de sus manos.

De pronto, oyeron unos ruidos extraños. También percibieron gritos y gruñidos de animales.

Al doblar una esquina, asomaron a una explanada, en donde se divisaba lo que parecía un circo. Había una carpa, carretas y también unas cuantas jaulas con animales.

Krottyn, sorprendido, vio dos jaulas en las que había sendos monos de su misma especie. Las jaulas eran de una solidez a toda prueba, a fin de evitar que se escapasen los prisioneros.

—Vaya, unos congéneres —comentó.

Los dos monos cautivos pertenecían a ambos sexos. Roxelia y Krottyn se detuvieron frente a las jaulas. La mona emitió unos cuantos gruñidos. Krottyn, repentinamente, sufrió una terrible sacudida.

El macho rugió amenazadoramente. Krottyn retrocedió dos pasos.

—Dios, no es posible —murmuró.

Roxelia, sorprendida, se volvió hacia él.

—¡Frogo! ¿Qué te sucede?

Hubo un instante de silencio. Luego, Krottyn dio un par de pasos hacia adelante, se llevó las manos al pecho y se golpeó con todas sus fuerzas, a la vez que emitía un torrente de gruñidos, algunos de los cuales alcanzaban un volumen sonoro realmente impresionante.

Roxelia se sentía pasmada. Krottyn parloteaba incesantemente en apariencia furioso cuando se dirigía al macho, y más comedido cuando se encaraba con la hembra.

A los pocos momentos, sin embargo, alguien se acercó coléricamente a la pareja.

—¡Eh, oye, tú, maldita zorra! Llévate inmediatamente a ese mono miserable. Está poniendo nerviosos a los míos, ¿sabes?

Roxelia se percató en el acto de la actitud que debía tomar y esbozó una sonrisa.

—Dispensa, amigo —contestó—. No queríamos molestarte. Sólo pasábamos por aquí y...

—Pues ya te estás largando con viento fresco, o tendré que emplear el látigo eléctrico, y te aseguro que sus caricias no tienen nada de agradable.

El hombre llevaba sujeto a la muñeca una especie de látigo, que desenroscó con un seco movimiento. El látigo tocó los barrotes de las jaulas y sus ocupantes retrocedieron hasta el fondo, gruñendo entre amenazadores y asustados.

—Vámonos, vámonos pronto, Frogo —dijo Roxelia.

Krottyn contuvo a duras penas las ganas que sentía de arrojarse contra el cruel propietario de los animales. Sintió un tirón en su collar y trotó detrás de la joven.

Unos minutos más tarde, ella se volvió.

—Gil... digo Frogo, ¿qué te pasaba con los dos monos gigantes? —preguntó.

Krottyn la miró fijamente.

—No sé cómo ha sucedido... pero he hablado con ellos — respondió.

—Oh, es fantástico... ¿Has conseguido entender su lenguaje?

—Como si hubiera nacido mono.

—Y, ¿qué te han dicho ellos?

—Es muy simple: están hartos de su cautiverio y no saben cómo escapar. Pero, ¿es posible que en Frecqul ocurran cosas así?

Roxelia asintió tristemente.

—La caza de los monos gigantes es libre —respondió.

Reanudaron la marcha. Krottyn se sentía profundamente preocupado. ¿Cómo era posible que, en un instante, se hubiera sentido capaz no sólo de emitir sonidos comprensibles para los otros monos, sino de entender lo que éstos le habían «dicho» en su lenguaje simiesco?

No tuvo mucho tiempo de pensar en un suceso que le conturbaba profundamente. Cuando llegaron a la casa en que residían, se encontraron con un hombre vestido de uniforme.

Las ropas del sujeto consistían en una casaca corta, sin mangas, de modo que parecía más bien un chaleco, de color rojo, con fileteado negro, pantalones muy ajustados, también negros, y botas de media caña. La camisa era de seda o un tejido parecido, blanca, y sobre su cráneo llevaba un casquete, adornado con una pequeña cresta dentada que iba desde la frente a la nuca. La cresta era de color dorado.

—Soy el capitán Tsoldos —se presentó cortésmente—. La fama de vuestro arte ha llegado a oídos del primer ministro, quien me ha encargado os diga se sentiría muy honrado, si os dignáis actuar en la fiesta que dará pasado mañana, para celebrar el decimosexto cumpleaños de su hija Arydia,

Roxelia hizo una profunda reverencia.

—Capitán, muchas gracias por tus amables palabras —contestó—. Di a su excelencia que el honor y el placer son míos, y que será para mí un privilegio actuar en dicha fiesta.

Tsoldos sonrió, a la vez que ponía en las manos de la joven una bolsa repleta de monedas.

—Tus honorarios —indicó.

Cuando el oficial se hubo marchado, Roxelia hizo saltar la bolsa en el aire.

—Ciertamente, Shubaddar tiene una virtud: no es tacaño —comentó.

—Salvo con los habitantes de los barrios bajos. Roxelia, observo que has hablado en singular —dijo Krottyn.

—Naturalmente, se supone que no eres inteligente, y menos en medida humana.

Krottyn sonrió simiesca, pero también enigmáticamente.

—Ese es un error, que un día puede costar muy caro a alguien —respondió.

CAPITULO IV

Aquella misma noche, mientras Roxelia dormía, Krottyn, sin hacer el menor ruido, saltó por la ventana del primer piso a la calle y corrió en las sombras de la noche hacia el lugar donde estaba el circo.

Un cuarto de hora más tarde, estaba junto a una de las jaulas. Su ocupante se agitó sobre la paja que le servía de lecho.

—Cuidado, no alces la voz —dijo Krottyn en el lenguaje de los monos gigantes—. Soy Frogo y quiero hablar contigo.

El simio se incorporó y, casi a gatas, se acercó a la reja de barrotes de tres centímetros de acero bien templado, y lo suficientemente fuerte como para resistir su enorme potencia muscular.

—¿Qué quieres? —preguntó el cautivo.

—Hablar contigo. Y también con tu compañero...

—El es Taruk. Yo soy Drya.

—Eres muy hermosa —aduló Krotty—. ¿Te has apareado ya?

—Todavía no. Pero ya debiera haberlo hecho. Nuestro dueño no nos deja...

En la otra jaula sonó un gruñido. Drya volvió su cabeza.

—No grites, Taruk —recomendó—. Frogo ha venido a hablar con nosotros.

Taruk se acercó a la reja.

—¿Cómo estás libre? —preguntó—. Ningún mono puede circular si no es en compañía de su dueño...

—Yo me he escapado —sonrió Krottyn—. Claro que sólo

momentáneamente. Quería hablar con vosotros.

—Si no vienes a liberarnos, lárgate —dijo Taruk de mal talante.

—Espera, hombre...

—¡No pronuncies esa palabra! —rugió el gran simio—. Es pecado entre nosotros, los monos superiores.

—Ah, pero, ¿te consideras un mono?

Hubo un momentáneo silencio. Los ojillos de Drya y Taruk contemplaban escrutadoramente al congénere que se hallaba en el exterior.

—Nuestra figura... —empezó a decir Taruk.

—La figura es de mono, pero la inteligencia es humana — atajó Krottyn rápidamente—. Un ser humano, lo dice la ley galáctica, es todo aquel capaz de razonar inteligentemente, independientemente de su forma física.

—Sí, anda, dile eso a Shubaddar, a todos los que nos cazan y nos capturan para diversión de los... inteligentes con figura humana —exclamó Drya amargamente.

—Os cazan, ¿dónde?

—¿Tú lo preguntas, uno de los nuestros? —se sorprendió Taruk.

—Contesta —pidió el terrestre.

—Bien, van a buscarnos a nuestro país, que está situado a muchas jornadas de aquí. Usan aparatos voladores, redes, agujas que duermen... y si hay algún recalcitrante, lo queman con unos rayos de luz que salen de unos extraños tubos...

«Pistolas de energía», pensó Krottyn.

—En resumen, no os gusta estar cautivos —dijo.

—Acabas de hacer un descubrimiento sensacional —«rió» Taruk—. ¿A quién le gusta estar encerrado en una jaula y salir solamente para actuar delante del público, azuzado por el látigo eléctrico?

—Sí, me lo imagino. Taruk, Drya, por ahora no puedo deciros más. En estos momentos, me resulta imposible hacerlo; sólo os ruego un poco de paciencia. Trataré de buscar la ocasión propicia y vendré a liberaros.

—Si lo haces, serás mi hermano —dijo el macho.

—Eres un mono muy hermoso —elogió Drya.

Krottyn oyó aquellas palabras y respingó ligeramente. Luego hizo un descubrimiento que lo dejó aterrado.

Tambaleándose, llegó a su alojamiento y se sentó en un rincón, cubriéndose la cara con las manos. Así lo encontró Roxelia por la mañana, extrañada de que no acudiese a desayunar.

—¡Frogo! ¿Qué te ocurre?

Krottyn separó las manos y miró a la joven.

—He descubierto algo horrible —contestó.

—¿Qué? —se alarmó ella—. ¿Es grave?

—Para mí, espantoso. ¡Me gusta Drya!

—¿Quién es Drya?

—La mona gigante del circo.

Roxelia se echó a reír. Krottyn se puso en pie de un salto y lanzó un terrible rugido. Ella se asustó y retrocedió unos pasos.

—¡Cálmate, Frogo! —suplicó—. No he podido contenerme... Pero te juro que no quería burlarme de ti. No era mi intención herirte...

—Los monos de Irmgod son inteligentes, sólo que nadie ha sabido verlo con claridad hasta ahora. Mi mente es la de Gil Krottyn... ¡pero acabará siendo la de Frogo!

Roxelia estaba muy seria.

—Te devolveremos tu figura humana...

—Eso es imposible —contradijo él—. Pero no discutamos más por el momento. Anda, vamos a desayunar; luego tenemos ensayo. Es preciso que hagamos buena impresión a los invitados de Shubaddar. O, como dicen en mi planeta, «la función debe continuar».

Ella asintió.

—Sí, tienes razón —murmuró, muy conmovida.

Después del desayuno, Krottyn hizo una observación:

—Todavía no sé qué he de encontrar en lo alto de la Torre Máxima...

—Es pronto todavía. Ya lo sabrás en su momento —contestó Roxelia evasivamente.

* * *

El día señalado, al atardecer, se encaminaron a la ciudad-núcleo en donde Shubaddar tenía su residencia. Aunque no era muy frecuente, tampoco era difícil ver a una persona llevando encadenado a un mono gigante, por lo que las gentes con las que se cruzaban apenas si les prestaron atención. De pronto, pasaron por delante de un edificio de buen aspecto.

Krottyn sintió volver antiguos recuerdos a su mente. Asomada a una ventana, divisó a una hermosa mujer. Sonrió para sí, pensando qué diría la bella Zorah Lon, si supiera que el terrestre con quien había

sostenido un apasionado romance cinco años antes, pasaba por delante de ella, convertido en un simio de Irmgod.

Dejó de lado tan melancólicos pensamientos. Era preciso concentrarse en lo que estaban haciendo.

La fiesta se celebraba en un espacioso patio interior, a cubierto de vistas ajenas. Había camareros que servían constantemente bebidas y alimentos a los numerosos invitados. A Krottyn le recordó uno de los antiguos banquetes de la Roma imperial.

Todos los invitados iban ataviados con largas túnicas de lujosos tejidos y con numerosas joyas de gran valor. Las mujeres jóvenes llevaban el seno izquierdo al descubierto, tal como era la moda en Frecqul. No obstante, la fiesta se realizaba en un ambiente moderado, dentro de la jovialidad y la alegría que eran la característica general.

Arydia, la hija de Shubaddar, era una muchacha de delicado aspecto, un tanto enfermizo, pero sumamente hermosa. Krottyn pudo darse cuenta de que su padre la adoraba. Era fácil adivinar que la chica gozaba de todo el afecto del primer ministro. Probablemente, pensó, haría cualquier cosa por ella. Pero, ¿por qué tenía aquel aspecto de padecer una enfermedad, con lo fácil que era curarlas todas en pleno siglo XXIV?

La actuación de Roxelia y su acompañante fue el número fuerte dé la fiesta. Aparte de las interminables salvas de aplausos, Roxelia y Krottyn cosecharon gran número de monedas. Todo parecía marchar a satisfacción y daba la sensación de que la fiesta, al menos para los artistas, iba a terminar con un éxito total, cuando de pronto sucedió lo inesperado.

Shubaddar se puso en pie y extendió los brazos.

—Amigos todos —clamó, después de imponer silencio—. Celebro infinito que os hayan gustado las atracciones que contraté para vosotros y en honor de mi hija Arydia, en especial el número de la bailarina y su mono músico. Pero aún falta el verdadero espectáculo, el

plato fuerte de la fiesta: ¡la lucha a muerte entre dos monos gigantes!

Krottyn oyó aquellas palabras y se quedó estupefacto. Al mismo tiempo, Shubaddar hacía un gesto con la mano izquierda.

Cuatro hombres uniformados entraron, sujetando con sendas cadenas de acero templado a un enorme simio, que enseñaba los dientes con inenarrable ferocidad.

Si Krottyn hubiera conservado su figura humana, se habría puesto lívido. Aquel mono le sobrepasaba en diez centímetros y treinta kilos por lo menos. Además, había nacido sabiendo luchar, mientras que él, en ocasiones, fallaba todavía en la coordinación de sus movimientos musculares.

Roxelia miró a Shubaddar y éste, impasible, le devolvió la mirada. Entonces, la joven supo que el primer ministro había estado enterado de sus proyectos casi desde el primer momento.

Krottyn moriría en la lucha. Y su plan quedaría destruido irremisiblemente.

La voz de Shubaddar rompió sus melancólicos pensamientos:

—¡La lucha es a muerte! ¡Sólo uno de los contendientes sobrevivirá! ¡Soltad al mono!

* * *

Lanzando un aterrador rugido, el mono de Irmgod se precipitó al encuentro de su oponente. Krottyn se había sentido desmoralizado, pero en el último instante, concibió una idea desesperada.

Como pudo, aguantó la primera embestida del simio, abrazándose a él frenéticamente. Luego, seguro de que ninguno de los espectadores le iba a entender, habló, fingiendo rugir también:

—Será mejor que no te esfuerces tanto. Si lo hacemos bien, los dos

podemos sobrevivir.

El mono pareció sorprendido.

—Tengo que matarte —dijo.

—Soy más débil, menos pesado y más bajo que tú, pero también sé cosas que tú ignoras —contestó Krottyn—. Y después de que te haya hecho una demostración, empezarás a pensar que te conviene seguir mi juego.

Repentinamente, se echó hacia atrás, tirando a la vez del mono gigante, quien dio una tremenda vuelta en el aire, para caer pesadamente al suelo. Luego, le arreó sucesiva y velozmente dos patadas en la mandíbula, y cuando se incorporaba, le metió el codo en la garganta.

El gigante, asombrado, retrocedió. En su larga vida salvaje, no había luchado de semejante manera. Krottyn no le dejó reaccionar y saltó nuevamente sobre él, abrazándole con todas sus fuerzas.

—Quiero ayudaros a vosotros, el pueblo de Irmgod —dijo—. Vamos, simula luchar; si me ganas, te conservarán la vida, pero siempre estarás cautivo. En cambio yo puedo proporcionarte la libertad. ¿Cómo te llamas?

—Brorr... pero, ¿qué pretendes?

—Conozco la historia de Irmgod y sé lo que hacen con vosotros —contestó el terrestre—. Escúchame con atención. Tienes que hacer exactamente todo lo que te diga. Así podremos salir los dos de aquí y tú conseguirás regresar a Irmgod, ¿entendido?

—Eres menos fuerte que yo, pero más hábil —admitió Brorr, sin dejar de forcejear—. ¿Dónde lo has aprendido?

—Me lo enseñaron los humanos, pero no los de este planeta, sino otros de mejor carácter, que respetan a todos los seres vivientes —no era

totalmente cierto, pensó Krottyn, pero tampoco era una mentira absoluta. Y, desde luego, en la Tierra no habrían permitido una lucha semejante—. Óyeme bien, cuando yo haga presión en tu cuello, tú simularás haber muerto. Del resto me encargo yo. ¿Queda claro?

—El ruido de las vértebras rotas...

—Imitaré el chasquido. No te preocupes. ¿Listo?

—Creo que se puede confiar en ti. Cuando quieras.

Unos segundos más tarde, se oyó un aterrador chasquido. La cabeza de Brorr pendió inerte. Krottyn cargó con aquel enorme corpachón, sin grandes dificultades, y lo alzó sobre su peludo cráneo, a la vez que emitía un rugido aterrador.

Shubaddar aplaudió cortésmente. Roxelia adivinó que se sentía decepcionado por el resultado del combate.

De pronto, Krottyn emitió un horripilante alarido. Cargando con el supuestamente inanimado cuerpo de su adversario sobre los hombros, dio un enorme salto y echó a correr.

Los invitados se apartaron presurosamente de su camino. Algunos soldados quisieron detenerle, pero Shubaddar, pretendidamente magnánimo, alzó la mano.

—¡Dejad que se marche con su presa! ¡Se lo ha ganado!

Krottyn y su contrincante desaparecieron en pocos instantes. Shubaddar se acercó a la joven.

Roxelia sostuvo su mirada sin pestañear. El primer ministro sonreía de una forma especial.

—Tu mono ha huido a los bosques de Irmgod — dijo—. Me parece que esto cancela el asunto.

Roxelia se inclinó respetuosamente.

—Sólo es una batalla. Pero la guerra continúa —respondió.

—Hermosa, voy a dejarte marchar libre. No quiero tomar una determinación hacia ti. Sin embargo, te advierto que, si continúas con tus propósitos, seré inexorable y seguirás el mismo camino que tu esposo. Ya estás advertida.

Shubaddar le volvió la espalda con aparente cortesía. Pero la joven había podido apreciar sin dificultad la dura amenaza emitida por el primer ministro.

Luego, acongojada, se retiró a su alojamiento. ¿Adonde había huido Krottyn?, se preguntó. ¿Había fallado algo en la operación de trasplante y, pese a todo, se había impuesto la naturaleza simiesca a la mente humana?

* * *

Brorr dio un enorme tirón y el cuarto trasero del animal parecido a una gacela voló por los aires. Krottyn lo atrapó y mordió con furia.

La sangre chorreó por su mentón. Sus fortísimos dientes rasgaban sin dificultad los músculos todavía calientes de la presa cazada por el simio gigante. Enormemente sorprendido, pero también muy inquieto, se apercibió de un detalle horrendo: no sólo estaba satisfaciendo su apetito, sino que, además, le gustaba extraordinariamente la carne cruda.

«Estoy dándome un banquete», pensó su mente humana.

Pero, a pesar de todo, no fue capaz de devorar las vísceras aún palpitantes de la presa. Brorr, en cambio, las juzgaba un bocado exquisito.

Al terminar, se miraron satisfechos.

—Me has salvado de la esclavitud —dijo Brorr—. ¿Qué quieres que haga por ti?

—Vuelve con tu pueblo. Te enviaré un mensaje en cuanto sea posible.

—Pueden cazarme otra vez...

—Si ves que te lanzan una red, agárrala antes que te envuelva en sus mallas y tira con fuerza hacia abajo. Tienes la suficiente potencia para destruir el aerocoche de los humanos.

—Pero usan dardos adormecedores...

—Procura evitarlos. ¿No sabes tirar piedras?

Krottyn se puso en pie, agarró un pedrusco casi tan grande como su mano y lo lanzó hacia un árbol situado a unos treinta pasos de distancia. Una rama, del grueso de su brazo, se partió instantáneamente.

—Diez, veinte de vosotros, lanzando piedras a un aerocoche, que esté a cuarenta o cincuenta pasos de altura, pueden destrozarlo en el acto —dijo—. Si sois más, podéis emplear piedras algo más pequeñas y llegar al doble de altura. Pero, a pesar de vuestra ferocidad, sois demasiado mansos y os dejáis cazar sin apenas dificultades. ¿Lo comprendes ahora?

Brorr le contempló con admiración.

—Hemos sido siempre muy individuales, mirando cada uno por sí mismo. Uno se busca su alimento, su comida, su hembra, cuando llega la época de apareamiento...

«Su hembra», pensó Krottyn. Había gustado de la carne cruda. ¿Acaso acabaría buscando la compañía de una hembra simiesca?

— ...pero creo que ahora las cosas cambiarán —continuó Brorr—. Haremos lo que quieras, pero, ¿cuándo?

Krottyn se puso en pie.

—Te enviaré un mensaje, repito —contestó—. Entonces sabrás lo que

debes hacer.

—Lo haremos —prometió el mono gigante.

Krottyn se despidió de él con un ademán enteramente humano. Luego empezó a trotar hacia la ciudad.

CAPITULO V

La mujer dormía apaciblemente, cuando, de pronto, una mano velluda tapó su boca. Zorah Lon despertó, abrió los ojos y vio ante sí la horrible efigie de un simio gigante.

Aterrada, quiso debatirse para escapar, pero el mono se lo impidió. Su sorpresa llegó al colmo cuando le oyó hablar:

—No temas —dijo Krottyn—. Aunque me ves con esta figura, soy un antiguo conocido tuyo. No he venido a causarte ningún daño, Zorah. Te ruego que me creas, soy tu amigo.

Ella se quedó rígida, inmóvil, con los ojos enormemente dilatados.

—¿Ya no te acuerdas de Gil Krottyn, de la Tierra? —dijo él.

En la mente de Zorah bulleron mil pensamientos contradictorios. Krottyn apartó su mano y retrocedió un paso.

—Sí, soy yo —confirmó—. Gil Krottyn, es decir, su cerebro en este cuerpo de mono gigante.

Lentamente, Zorah se sentó en la cama, sin darse cuenta de que enseñaba el pecho desnudo.

—Pe... pero, ¿cómo es posible? Hablas como un humano, y sin embargo, tienes la figura de un mono irmgodiano...

—¿Me permites que te lo explique?

Zorah asintió.

—Sí, habla, te lo ruego —dijo.

Unos minutos más tarde, estaba enterada de la increíble historia.

—No comprendo —murmuró—. Pero, ¿qué pretende...?

—Es lo que a mí también me gustaría saber —contestó Krottyn—. Sospecho que me han tomado para actuar en una especie de drama, en el que unos cuantos mueven los hilos de la trama a su antojo, manejando a los personajes como títeres y sin la menor consideración hacia sus sentimientos. Eso es algo que nunca me ha gustado, ¿comprendes?

Sentada en la cama, ahora con los bellos senos cubiertos por la sábana, Zorah miró pasmada a su inesperado visitante.

—Gil, de verdad que no pensaba volver a verte... —confesó—. Pero si se me hubiera ocurrido esa idea, lo menos que habría creído seria verte con este aspecto. ¿Cómo lo han conseguido?

—Tuve una mala racha. Me atraparon... y lo malo es que ya no podré volver a mi cuerpo humano. Un esbirro de Shubaddar lo destruyó y asesinó también al científico que realizó la operación. Aún hay algo mucho peor: empiezo a acomodarme mentalmente también a mi figura de simio gigante.

—La herencia genética puede sobre la mente, ¿eh?

—Algo por el estilo. Bien, ¿qué me contestas sobre lo que te he dicho?

—No sé nada, yo no me meto en política. Tú ya sabes cuál es mi negocio y tengo que estar a bien con unos y otros. Pero procuraré informarme.

—Gracias, Zorah. Ahora, dime una cosa. ¿Sabes qué se guarda en la cúspide de la torre?

—Ni idea —respondió ella.

—Trata de averiguarlo, pero sé discreta. Otra cosa más: ¿qué le pasa a Arydia?

—¿La hija de Shubaddar? ¿Es que la conoces? —se sorprendió Zorah.

—De vista. ¿No puedes contestarme?

—Está enferma. Ningún de los médicos que la ha visitado ha conseguido hasta el momento diagnosticar su enfermedad. Por ahí se dice que si sigue así, morirá antes de cumplir los diecisiete años.

—Lástima, una niña tan hermosa... Zorah, tengo que pedirte algo. Hazlo en memoria de lo que hubo entre nosotros. No tengo dinero...

Ella hizo un gesto con la mano.

—Oh, déjalo —contestó—. Dime de qué se trata y procuraré conseguirlo.

Krottyn se lo explicó. Zorah se quedó meditabunda unos segundos y luego movió la cabeza.

—De acuerdo. Procuraré conseguirlo. ¿Cuándo vendrás?

—Te llamaré por videófono —respondió él—. Apaga la luz —indicó, dando a entender que ya se despedía.

—Gil, espera un momento —pidió Zorah—. Ten cuidado con el capitán Varko y sus esbirros. Es una guardia muy especial de Shubaddar, no dependen de nadie más que de él y actúan con absoluta impunidad. Todos los componentes son elegidos especialmente por su falta de escrúpulos. No tienen piedad, ¿entiendes?

Krottyn hizo un gesto con la mano.

—No olvidaré tu consejo —respondió.

Zorah apagó la luz. Momentos después, Krottyn estaba en la calle. Y un cuarto de hora más tarde, sorprendía por segunda vez a una hermosa mujer en lo más profundo de su sueño.

* * *

Roxelia saltó de la cama, se envolvió el cuerpo en una bata y

contempló con ojos de pasmo al inesperado visitante.

—No creí volver a verte —declaró.

Krottyn pasó al salón. En un enorme frutero había racimos de uvas y otras frutas. Empezó a comer a dos carrillos.

—Estuve unos días en el bosque, con Brorr —contestó—. ¿Sabes?, mi mente es humana, pero, lentamente, estoy convirtiéndome en un simio. Buena jugada me hizo el doctor Florenz. Con decirte que hasta me gustan las hembras irmgodianas...

—Lo siento, lo siento tantísimo... —dijo la joven—. ¿Significa eso que ya no estás de mi lado?

—Todavía no he dicho que desista —repuso él—. Pero sólo iré a la Torre Máxima con una condición.

—Habla —pidió Roxelia.

—¿Qué hay en la cúspide de la torre?

—Lo siento, no puedo decírtelo.

—Entonces no subiré...

—¡Es que no estoy autorizada, Frogo!

Krottyn emitió una siniestra sonrisa.

—Lo que me figuraba, eres sólo la punta del iceberg, la persona que hace los trabajos más peligrosos sólo por idealismo, mientras otros, en la sombra, mueven los hilos sin riesgo alguno.

—¡No, no, eso no es verdad! —protestó ella ardorosamente.

—No trates de engañarme. Escúchame bien, ésta es una intriga política y, en esta clase de asuntos, no hay bando que tenga totalmente la razón. Puedo ayudarte, porque me he comprometido a ello y porque

tus ideas me parecen menos malas que las de Shubaddar, pero nada más. Ahora bien, no voy a arriesgar mi pellejo de primate sólo porque alguien esté disconforme con la política que sigue un primer ministro, quien, cualquier día, puede ser relevado de su cargo y sustituido por otro más honesto. ¿Lo has comprendido ahora?

—Sí, pero recuerda que en la Tierra te esperan diez millones.

—¿Y de qué me servirán si no puedo gastarlos? —Krottyn se golpeó el velludo tórax—. ¿Qué haría con ese dinero en mi cuerpo de mono?

—Bueno, ya te dije que había una solución: encontraremos otro cuerpo...

Krottyn tendió el velludo índice hacia la joven.

—Busca a tus amigos, y pídeles permiso para decirme qué hay en la Torre. Si no te lo dan, no cuentes conmigo —dijo conminatoriamente.

Roxelia dejó caer los brazos.

—Está bien, hablaré con ellos. Pero no garantizo la respuesta...

—Entonces, me iré a la selva de Irmgod. Viviré primitivamente, como una fiera, pero al menos no tomaré parte en repugnantes intrigas palaciegas. Es mi última palabra, Roxelia. Tómalo o déjalo —concluyó él tajantemente.

—De acuerdo, lo intentaré. ¿Te quedas aquí hasta que conozca la respuesta?

—Sí, si no te opones a ello.

—Al contrario, me agradará, y créeme, lamento mucho la situación en que te encuentras, pero puedes estar seguro de que volverás a tener un cuerpo humano.

—No estoy tan seguro de que me guste volver a vivir en un cuerpo como el que tenía —rezongó Krottyn.

* * *

Dos días más tarde, Roxelia volvió al alojamiento.

—He conseguido el permiso —dijo.

—Te felicito. ¿Quién es tu jefe?

Ella vaciló.

Krottyn sonrió, a la vez que agitaba una mano.

—Vamos, vamos, suéltalo todo.

—Se llama Der-Holf y fue primer ministro en una ocasión. No es que haya hecho cosas excepcionales, pero era bastante más apreciado que el actual.

—Der-Holf quiere volver a ocupar su puesto, ¿no?

—En efecto.

—Y tú eres partidaria de su política.

—Sí.

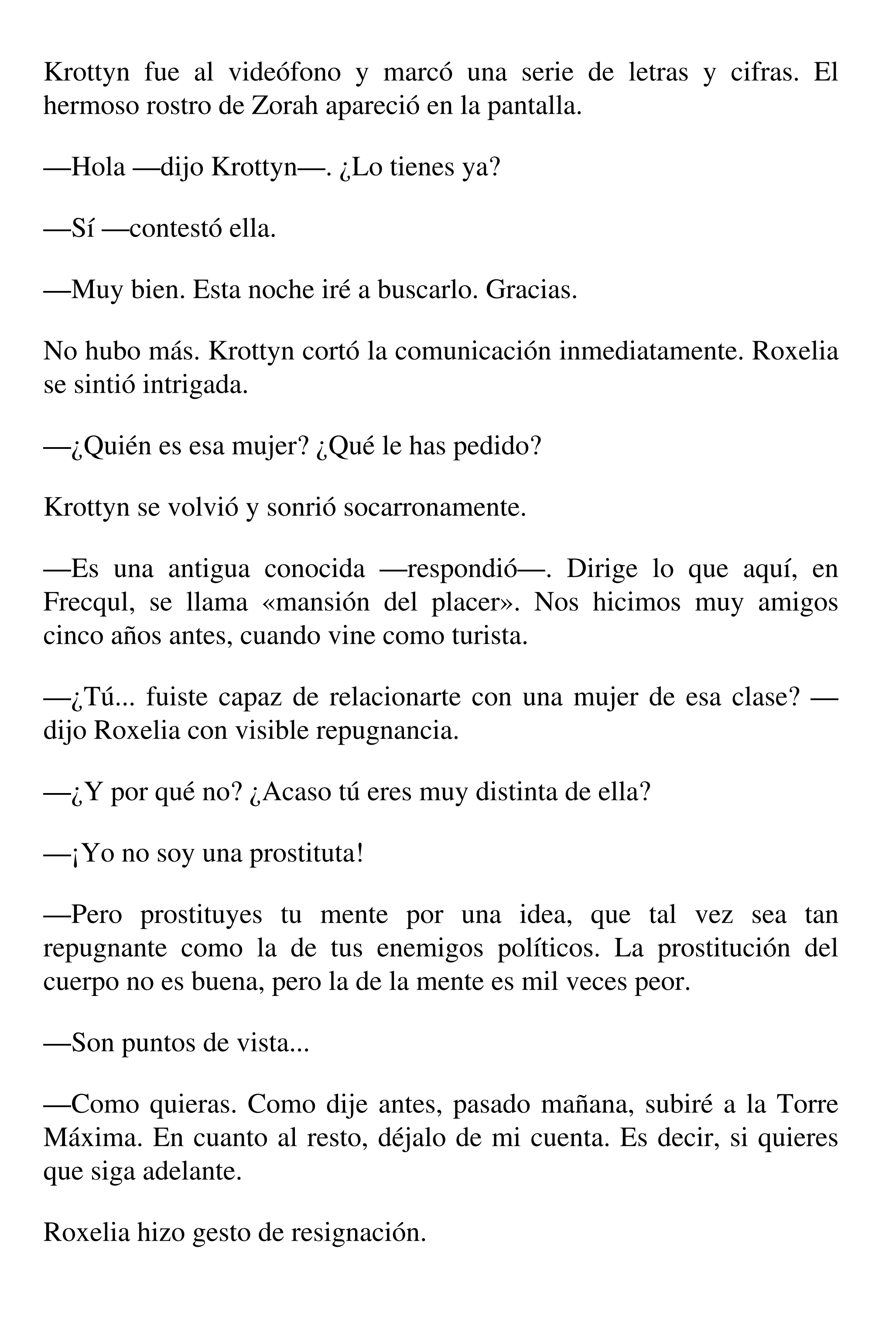
—Muy bien. Intentaré llegar a lo alto de la Torre Máxima. ¿Qué hay allí?

Roxelia se lo dijo. Krottyn se sorprendió en un principio, pero luego lo encontró normal.

—Pensé que sería algo más importante —comentó—. Sin embargo, no importa. Pasado mañana, por la noche, subiré a la Torre... si me tienen preparado lo que encargué.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Espera un momento.



Krottyn fue al videófono y marcó una serie de letras y cifras. El hermoso rostro de Zorah apareció en la pantalla.

—Hola —dijo Krottyn—. ¿Lo tienes ya?

—Sí —contestó ella.

—Muy bien. Esta noche iré a buscarlo. Gracias.

No hubo más. Krottyn cortó la comunicación inmediatamente. Roxelia se sintió intrigada.

—¿Quién es esa mujer? ¿Qué le has pedido?

Krottyn se volvió y sonrió socarronamente.

—Es una antigua conocida —respondió—. Dirige lo que aquí, en Frecqul, se llama «mansión del placer». Nos hicimos muy amigos cinco años antes, cuando vine como turista.

—¿Tú... fuiste capaz de relacionarte con una mujer de esa clase? —dijo Roxelia con visible repugnancia.

—¿Y por qué no? ¿Acaso tú eres muy distinta de ella?

—¡Yo no soy una prostituta!

—Pero prostituyes tu mente por una idea, que tal vez sea tan repugnante como la de tus enemigos políticos. La prostitución del cuerpo no es buena, pero la de la mente es mil veces peor.

—Son puntos de vista...

—Como quieras. Como dije antes, pasado mañana, subiré a la Torre Máxima. En cuanto al resto, déjalo de mi cuenta. Es decir, si quieres que siga adelante.

Roxelia hizo gesto de resignación.

—No tengo otro remedio que acceder —contestó.

—Tómatelo así, es mejor para todos —sonrió él.

* * *

Taruk y Drya dormían profundamente en sus jaulas. Krottyn despertó suavemente a la hembra. Drya acudió en el acto a la reja.

—Frogo, has vuelto —dijo, con ojos muy brillantes.

—He venido a proporcionaros la libertad, como prometí —contestó el terrestre—. Espera, voy a despertar a Taruk.

El macho se despabiló instantáneamente. Krottyn se situó en el punto donde pudieran verle y oírle con comodidad.

—Voy a soltaros —dijo—. Sin embargo, necesito de vuestra ayuda.

—Haremos lo que nos pidas —contestó Taruk.

—Muy bien, os daré instrucciones por el camino. Esperad un momento.

Krottyn llevaba a la espalda una enorme mochila, sujeta con fuertes correas a los hombros y a la cintura, además de otras dos que pasaban por la entrepierna. En el cinturón de aquel insólito arnés llevaba algo que empuñó con mano firme.

—Apártate, Drya.

La hembra obedeció. Krottyn apuntó con la pistola de energía a uno de los barrotes. El chorro de luz lo fundió en contados segundos.

Krottyn repitió la misma operación en tres barrotes más. Luego Drya hizo el resto.

Escondida en las inmediaciones, Roxelia, que quería estar presente en la ascensión a la torre, contemplaba la escena llena de asombro. Taruk,

el macho, quedó libre antes de cinco minutos.

Drya fue hacia Krottyn y lo abrazó calurosamente.

—Eres maravilloso, Frogo —dijo.

Roxelia sólo vio las efusiones entre dos simios. Se hubiera sorprendido mucho de haber conocido el alcance real del gesto de la hembra.

Al terminar la operación, Krottyn movió una mano.

—Puedes venir, Roxelia.

La joven acudió en el acto. Krottyn se volvió hacia el macho.

—Taruk, llévala en brazos.

—Sí, Frogo.

Roxelia se sintió izada como una pluma en los robustos brazos del mono. Krottyn echó a correr de inmediato, guiando al pequeño grupo. En un par de ocasiones, tuvieron que esconderse, para evitar el encuentro con alguna patrulla que hacía la ronda nocturna, pero al fin, llegaron al pie de su objetivo sin contratiempos de importancia.

Cerca de la base del colosal farallón, sobre el que se asentaba la torre, se deslizaba un río de sinuosas curvas, que parecía de plata en las sombras de la noche. Junto al muro rocoso, Krottyn elevó la vista hacia lo alto. Las tinieblas impedían ver el final de la torre.

Sintió un escalofrío enteramente humano. Eran nada menos que mil trescientos sesenta y un metros los que debía recorrer verticalmente, antes de llegar al objetivo. En aquel instante, los entrenamientos efectuados le parecieron tan inútiles como aprender a nadar en una bañera.

Pero ya había llegado a un punto en el cual el retroceso era imposible. Cuando se disponía a iniciar la ascensión, Roxelia le entregó un pequeño objeto, haciendo que se lo colgara del cuello por medio de un



cordón.

—Es un transmisor —dijo—. Si tienes alguna dificultad al entrar en la cúpula, llámame; puedo ayudarte desde abajo.

—Está bien.

Krottyn miró sucesivamente a los dos simios. El grueso labio inferior de Drya temblaba perceptiblemente.

—Ten cuidado, Frogo —dijo la hembra.

Krottyn contestó con un gruñido de asentimiento. Luego estiró las manos, asió un ligero saliente y emprendió la ascensión.

CAPITULO VI

Cuatro manos eran una herramienta infinitamente superior a cualquier otra para aquella operación. Aunque podía trepar con enorme rapidez, Krottyn decidió subir con un ritmo mesurado, a fin de evitar un cansancio prematuro.

A trescientos metros del suelo, encontró un cómodo saliente, en el que se sentó. No estaba apenas fatigado, pero pensó que unos minutos de descanso resultarían muy convenientes.

Roxelia y los monos ya no eran visibles. Usó la radio:

—Estoy descansando en un saliente. Anunciaré el momento de seguir hacia arriba —informó.

—Está bien —contestó la joven.

Un cuarto de hora más tarde, reanudó la subida. Cuando llegaba al borde del farallón, oyó pasos y se pegó a la roca.

Entre la base de la torre y el borde del derrumbadero había un espacio de quince o veinte metros, protegido por una barandilla. Los pasos de una ronda nocturna llegaron claramente a sus oídos.

Uno de los guardias se asomó un instante, pero se retiró casi en el acto.

—Vámonos, todo está en orden —se dirigió a su compañero.

Los guardias se alejaron. Krottyn esperó unos momentos.

—He llegado a la base de la torre —anunció a poco.

—Sigue —dijo Roxelia—. Mis mejores deseos están contigo. Allá arriba está tu cuerpo humano.

Era una metáfora, comprendió Krottyn. Pero valía la pena intentarlo.

Al llegar a la enorme base de la torre, que no medía menos de doscientos metros de diámetro, tanteó la pared. Entonces supo por qué habían elegido aquel método para llegar a la caja que había en la cima.

La torre había sido edificada con grandes piedras, de forma idéntica todas ellas, pero con cierta separación entre ellas, ligeramente escaqueadas, lo que permitía agarrarse sin dificultad a los salientes.

Era un efecto de estética, ideado para convertir en una belleza arquitectónica a algo que, de otro modo, habría parecido un horrendo mamotreto. Las piedras tenían una altura máxima de ochenta centímetros, y el hueco interior alcanzaba una profundidad de diez o doce.

Un minuto más tarde, estaba a cincuenta metros de la cima. Miró hacia abajo. El río brillaba como un hilo de metal, serpenteando en la oscuridad de los campos contiguos.

Por el día, pensó, se debía divisar un panorama esplendoroso desde la cima de la torre.

Encontró ventanas a intervalos regulares. Eran más bien huecos de ventilación, aunque protegidos por recios vidrios. Los huecos tenían la altura de dos hileras de piedras, lo que le permitía sentarse de cuando en cuando para tomar aliento.

Tenía que estar encogido y con las piernas en el vacío, pero aquello era mejor que nada.

Poco a poco, continuó ganando altura. Una hora más tarde, divisó el coronamiento de la torre, una especie de cornisa saliente, con soportes cóncavos.

Había más de tres metros entre el borde de la cornisa y la pared de la torre, pero iba prevenido con una cuerda y un gancho, para cubrir así el último tramo.

Cuando estaba a sólo seis metros de la cornisa, alcanzó una ventana.

De pronto, se encendió una luz al otro lado.

La ventana se abrió. Helado, Krottyn vio un rostro conocido.

Shubaddar sonreía de un modo especial.

Durante la fracción de segundo que duró la visión, Krottyn pudo entrever la figura de una hermosa muchacha, durmiendo apaciblemente en el fondo de una estancia. Pero Shubaddar había iniciado ya su acción.

El sujeto tenía en las manos una larga pértiga, rematada en una especie de bola de madera. La bola golpeó con fuerza el velludo tórax de Krottyn.

—¡Buen viaje, mono! —exclamó Shubaddar sin alzar apenas la voz.

El golpe, propinado con notable fuerza, lanzó a Krottyn al vacío.

* * *

Era una caída de más de mil trescientos metros. En el último instante, sabiendo que no podía resistir el impacto de la pértiga, Krottyn ayudó con un poderoso impulso de sus extremidades inferiores, saltando horizontalmente en forma literal, hacia atrás.

Luego inició una larga parábola hacia el suelo, que había a una enorme distancia. Cayó en las tinieblas, agitando desesperadamente brazos y piernas, hasta que consiguió dominar un poco el vuelo descendente.

Pese a todo, consiguió mantener la serenidad.

—Roxelia, estoy cayendo —informó—. Shubaddar me aguardaba. Me ha lanzado al vacio cuando estaba a seis metros de la cúspide.

La joven lanzó un gemido. Elevó la vista, pero no pudo ver nada. Muy pronto, sin embargo, se dijo, oiría el espeluznante ruido del cuerpo de Krottyn al estrellarse contra el suelo.

Mientras, Krottyn continuaba su veloz descenso.

El impulso de sus piernas, unido al de la pértiga, le había hecho apartarse considerablemente del farallón. Cuando vio que rebasaba el borde del muro rocoso, pero en sentido inverso, contó hasta veinte.

Luego dio dos tirones a sendas anillas que tenía delante del pecho. En su espalda se soltó algo que aleteó fragorosamente. Los paracaídas se desplegaron.

Sintió dos tirones, muy juntos, y luego, notablemente aliviado, sintió que su veloz caída quedaba refrenada hasta límites perfectamente soportables.

Descendió a unos cuatro metros por segundo. Los para-caídas, dos, necesarios por su enorme peso, se habían desplegado aproximadamente a doscientos metros del suelo. Un minuto más tarde, aterrizó sin daños.

La tela de los paracaídas cayó sobre él, flácida y deshinchada. Se soltó los atalajes y los dejó a un lado.

Entonces vio unas figuras que corrían hacia él.

—¡Frogo! —gritó Roxelia, que no acababa todavía de creer en lo que había sucedido.

Alcanzó a Krottyn y puso una mano en su musculoso brazo. Pero casi en el mismo instante, una mano velluda la arrojó al suelo.

—Aparta —dijo Drya—. Es mi macho.

Roxelia se quedó estupefacta, todavía apoyada sobre un codo. Taruk llegó gruñendo de satisfacción.

—Vuelas como los pájaros —dijo.

—Son alas artificiales —contestó Krottyn, sonriendo—. Drya, no debes tratar así a la humana. Ella es mi amiga.

—Lo siento —se disculpó la hembra—. Fue un movimiento... impulsivo.

Krottyn asintió sonriendo.

—Comprendo —respondió.

Se acercó a Roxelia y la ayudó a ponerse en pie.

—Lamentablemente, he fracasado —dijo—. Pero sólo ha sido una pequeña batalla perdida. Volveré, y esta vez nadie me impedirá llegar a la cúspide.

Roxelia se sacudió maquinalmente las ropas.

—Tenías paracaídas y no me dijiste nada —exclamó—. Creí que lo que llevabas eran herramientas...

—Cuando uno sube a lo alto, conviene prevenir un viaje en sentido inverso, mucho más rápido que a la ida. Si Shubaddar está ya enterado de nuestros proyectos, ¿cómo no sospechar que podía estar aguardándome?

—No se me había ocurrido...

—A mí, sí. Incluso cuando hubiera conseguido saquear la caja, los paracaídas eran el medio más rápido de emprender la retirada.

—No podremos volver —dijo ella desanimada. Y, en el mismo momento, se oyó una voz conminatoria a pocos pasos.

—¡Quietos ahí! ¡Que nadie se mueva!

* * *

Krottyn se volvió en el acto, mientras Roxelia lanzaba un grito de terror. El terrestre con figura de mono divisó a un pequeño grupo de hombres armados quienes se dispersaban ya a fin de formar un círculo en torno a ellos.

Era preciso hacer algo, se dijo. Si les capturaban, no lo iban a pasar bien.

Si Shubaddar era o no aficionado a torturar a sus prisioneros, lo ignoraba. Pero en todo caso, si se dejaban atrapar, podían considerarse como muertos.

Su reacción fue poco menos que instantánea. Un atroz rugido brotó de su garganta.

—¡Taruk, Drya, vamos!

Inmediatamente, saltó hacia el soldado que tenía más cerca, al que no dio tiempo a usar su pistola de energía. Agarró la mano armada y pegó un potentísimo tirón.

Oyó un espeluznante crujido, y de repente, se encontró con un brazo que chorreaba sangre en su mano.

Él soldado, lanzando espantosos alaridos, se desplomó en el suelo.

A su lado, los otros dos simios actuaban con devastadora contundencia. Dos de los guardias murieron antes de saber lo que les sucedía. Krottyn, momentáneamente estupefacto, aparecía paralizado, sosteniendo todavía el brazo arrancado de cuajo.

De pronto, vio a un soldado que le apuntaba con su pistola de energía. Drya saltó hacia adelante, en el momento en que se producía la descarga. El rayo de luz alcanzó de lleno el pecho de la hembra, la cual, por el impulso adquirido, cayó encima del soldado, derribándolo al suelo. Krottyn se dio cuenta de lo ocurrido y corrió hacia la mona, que ya no se movía.

El soldado se agitaba aún débilmente.

Krottyn, enloquecido de furia, le arreó una tremenda patada en un lado de la cabeza hundiéndole los huesos instantáneamente.

Los restantes soldados, aterrados, habían huido. Krottyn comprendió que debían imitarlos, pero en sentido opuesto.

A su lado, Taruk se golpeaba el pecho, a la vez que emitía los rugidos con que quería significar la victoria obtenida sobre sus enemigos.

Krottyn se acercó al gran mono y le golpeó en el hombro.

—¡Déjate de tonterías! —gruñó—. Tenemos que marcharnos cuanto antes o enviarán refuerzos.

Taruk pareció volver a la realidad.

—Drya está muerta —dijo.

—Sí.

—Pero la mujer ha desaparecido.

Entonces, Krottyn notó la ausencia de Roxelia.

La muchacha no se veía por ninguna parte.

—¡Roxelia! —aulló.

Pero ella no contestó. «Habrá huido», pensó Krottyn, despechadamente.

Había cinco o seis cuerpos tendidos por el suelo. Ninguno pertenecía a Roxelia. Krottyn decidió que ya no podían perder más tiempo.

—¡Vámonos, Taruk! —ordenó—. Un día vengaremos a

Drya.

El mono asintió. Luego, Krottyn empezó a trotar en dirección a Irmgod. Por el momento, la selva era el lugar más seguro.

Taruk le seguía fielmente.

* * *

Krottyn se detuvo al pie de un árbol, en el que brotaban infinidad de bayas maduras, y empezó a comer ávidamente. Taruk se le unió en el acto.

A los pocos minutos, Taruk se puso en cuclillas, escarbó en el suelo y sacó un par de lombrices tan gruesas como sus dedos. Ofreció una al terrestre, pero éste la rechazó con un seco gruñido.

A pesar de todo, había demasiados condicionamientos en su mente. Podía aceptar muchas cosas, pero otras seguían inspirándole repugnancia.

No obstante, se daba cuenta, con creciente pesimismo, que un día desaparecería la delgada costra de civilización que aún le quedaba y acabaría por convertirse en un auténtico simio gigante. Tendría, quizá, una inteligencia superior a la de sus congéneres, pero eso sería todo.

Vagaría por la selva, atento únicamente a las exigencias primarias de la supervivencia.

Un día, el instinto le haría buscar una hembra y se aparearía con ella, para el único objeto de la propagación de la especie. Tal vez tendría que luchar por la posesión de la hembra...

No era un panorama demasiado confortable. Habiendo huido Roxelia, la única persona que podía ayudarle, su destino estaba ya sellado.

Shubaddar acabaría por encontrar a la joven y esta vez no tendría compasión de ella. De Zorah podía esperar algún favor, pero quizá llegaría a cansarse algún día de ayudarle. De cualquier forma, no podría proporcionarle lo que más deseaba: un cuerpo humano.

Algo interrumpió de pronto sus amables reflexiones. Taruk le tocó en un brazo y señaló al otro lado de un grupo de arbustos de notable frondosidad.

Krottyn oyó gruñidos y chasquidos. Avanzó unos pasos, separando los arbustos, y se encontró con un nutrido grupo de simios, aparentemente acampados en un claro, y entregados a la apasionante labor de despiojarse los unos a los otros. Había unos veinte o veinticinco de ellos y casi la mitad eran hembras. Algunas tenían en brazos a sus crías y las amamantaban. Al verles, varios machos salieron a su encuentro.

—¿Qué hacéis aquí? —gritó uno de ellos—. Fuera, es nuestro territorio.

—Sólo íbamos de paso —se disculpó Krottyn—. No tratábamos de haceros daño.

El simio le enseñó los dientes.

—Es nuestro territorio —bramó—. Yo soy Durg, jefe de la tribu, y no dejo nunca que nadie invada mi territorio. ¡Voy a matarte!

Los demás simios habían formado un amenazador semicírculo en torno a los recién llegados. Krottyn se alarmó.

«Si ésta es la vida que me espera, .más vale acabar de una vez», pensó, notablemente deprimido. A su lado, Taruk se aprestaba a la lucha, pero, ¿qué podrían los dos contra una docena o más de machos en la plenitud de la vida?

Algunos mostraban profundas cicatrices, signo indudable de pasadas luchas, en las que eran expertos. Trató desesperadamente de evitar la pelea, alzando la mano derecha.

—No queríamos ofenderos —dijo—. Ya nos vamos...

Durg avanzó un paso más.

—Voy a matarte —anunció.

Y en aquel instante, se oyó una voz de tonos imperativos.

—¡Quieto, Durg! ¡Frogo es mi amigo!

Krottyn volvió la cabeza. Enormemente aliviado, reconoció al recién llegado.

Era Brorr.

CAPITULO VII

Brorr avanzó con paso firme y puso su mano encima del hombro de Krottyn.

—Me venció —dijo claramente—. Yo estaba cautivo y él me liberó. Todos vosotros debéis respetarle, como me respetáis a mí.

Durg retrocedió, no demasiado satisfecho. Sin embargo, reconocía la autoridad de Brorr, como sus congéneres. Aparte de ello, Brorr había llegado acompañado de media docena más de simios.

La pelea, si se efectuaba, ya no resultaría tan fácil para Durg y los suyos. Las hembras, inquietas al principio, empezaron a calmarse.

—No esperaba verte tan pronto —dijo Brorr.

—Tuvimos que escapar —respondió Krottyn.

—Mataron a Drya —añadió Taruk.

—Los humanos matan a muchos de nosotros y no lo sienten — dijo Brorr—. Frogo, había contigo una hembra humana. ¿Qué ha sido de ella?

Krottyn se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó.

—Volvería con los suyos —apuntó el simio-. Bien, una vez me hiciste un gran favor y te dije que estaba dispuesto a devolvértelo. ¿Cuándo?

—No hará ya falta —dijo Krottyn amargamente—. He venido a quedarme con vosotros. Soy uno más de los vuestros.

Brorr sonrió.

—Bienvenido a Irmgod, Frogo.

Los días que siguieron fueron exasperantemente monótonos para el terrestre. Continuamente iban de un lado para otro preocupándose sólo de buscar comida.

Dormían en donde les sorprendía la noche, sin hacer nada más que tumbarse sobre la hierba. Krottyn trató de enseñarles a construirse habitáculos, pero los simios perdían el interés por el trabajo a los pocos minutos.

Las hembras se agitaron inquietas, gruñendo para llamar a los pequeños que correteaban por los alrededores. Los machos levantaron la cabeza, con evidentes síntomas dé alarma.

En los últimos tiempos, el grupo se había incrementado con la llegada de nuevos miembros.

Algunos de los monos que seguían a Durg le habían dejado para unirse al que, al menos en apariencia, capitaneaba Brorr. En total eran unos cuarenta machos y casi cincuenta hembras, más una docena de retoños de diferentes edades.

Sonaron gruñidos de temor. Krottyn levantó la mirada y divisó un aerocoche que descendía suavemente hacia el claro en el que se hallaban.

Brorr corrió hacia él.

—¡Cazadores! —identificó.

Krottyn asintió.

—Una vez te dije cómo podías combatirlos. ¿Lo recuerdas?

—Sí.

—Entonces, haz que los machos se provean de piedras. Esperad hasta que yo diga.

Brorr aulló una orden. Los machos reaccionaron instantáneamente.

Krottyn supuso que los tripulantes del aerocoche disponían de detectores de materia orgánica para localizar a sus futuras presas. Habían encontrado un grupo de simios y se disponían a capturar unos cuantos para sus fines nada agradables.

El vehículo aéreo descendía lentamente. Los simios se habían situado bajo las copas de los árboles, provistos cada uno de un par de gruesos pedruscos. Krottyn también tenía dos, casi tan grandes como su cráneo.

Un minuto más tarde, el aerocoche se hallaba a cuarenta metros del suelo. Entonces, Krottyn lanzó un terrible grito:

—¡Ahora!

Cuarenta pedruscos partieron hacia lo alto con indescriptible violencia. Los impactos sacudieron terriblemente el aparato.

Su piloto perdió el control momentáneamente. Krottyn volvió a gritar. Más proyectiles buscaron su blanco.

Trozos de la estructura del aparato saltaron por los aires. Perdido el dominio de los mandos por el piloto, el aerocoche cayó a plomo, estrellándose contra el suelo con tremendo fragor.

Un alarido de triunfo brotó de decenas de simiescas gargantas. Los cuadrumanos se precipitaron sobre el aparato caído en el suelo, del que salían unos cuantos individuos, sangrantes y aturdidos.

El terror se apoderó de los humanos. Intentaron defenderse, pero sus esfuerzos resultaron vanos. En unos instantes, fueron despedazados. Los monos empezaron a devorar aquellos restos sangrantes, incluso con fragmentos de las ropas de sus vestidos.

Krottyn no trató de evitar la matanza. Los simios habían padecido demasiado por las acciones de los humanos. El ansia de desquite resultaba lógica, sin contar con la imperiosa necesidad de alimentarse.

Pero no tomó parte en el canibalesco banquete. La mente humana todavía se imponía a su cuerpo de primate en determinadas circunstancias.

Los monos, conseguida la victoria, se desinteresaron de todo lo que no fuera devorar a sus víctimas. De pronto, Krottyn oyó un sonido que procedía del interior del aerocoche.

Se acercó a la portezuela y miró hacia el interior. En su asiento, agonizando visiblemente, quedaba todavía el piloto.

El hombre le miró suplicante.

—Lo siento —dijo Krottyn.

Aun con sus últimos momentos de consciencia, el piloto no pudo por menos de sorprenderse al oír hablar a un mono.

—Sólo soy un simio en apariencia —continuó el terrestre—. Espero que lo que ha pasado sirva de escarmiento a otros cazadores.

—Nosotros... no pretendíamos... cazar monos.. . Sólo buscábamos a uno... que se llama Frogo...

El turno de la sorpresa llegó ahora para Krottyn.

—Frogo soy yo —declaró.

—Entonces... ve a la Torre... Shubaddar me ha encargado te diga que tiene prisionera... a la mujer... La matará… si no te entregas antes de una semana...

Súbitamente, la cabeza del piloto se dobló sobre su pecho y dejó de hablar. En el mismo instante, Krottyn oyó un feroz rugido, a la vez que era apartado violentamente a un lado.

Un mono gigantesco metió las manos por la abertura y tiró del piloto, haciendo saltar las correas que aún le sujetaban al asiento. Otros monos se arrojaron sobre su congénere, para disputarle la presa y

disfrutar del alimento que era el inanimado cuerpo del piloto.

Krottyn se sentía conturbado. Así, pues, Roxelia no había huido, como pensaba, sino que era prisionera de Shubaddar.

Tenía que entregarse, para salvar la vida de la joven. Aparte del hecho en sí, la noticia tenía una importancia que no podía desconocer.

Shubaddar le consideraba como un peligroso enemigo. Era un dato digno de ser tenido en consideración. Por mucho que fanfarronease, Shubaddar le temía, o no habría amenazado con matar a Roxelia si él no se entregaba.

Su pecho poderoso se dilató increíblemente, a la vez que volvía los ojos hacia la ciudad que no podía divisar desde aquel punto.

—¡Shubaddar, volveremos a vernos! —rugió.

* * *

—Tu mono no viene —dijo Shubaddar—. Eso significa que tu vida se está acortando irremisiblemente.

Roxelia, erguida frente al primer ministro, se mantuvo impasible.

—Estoy muerta ya desde que empecé la lucha contra ti — respondió orgullosamente—. No me agrada la idea de morir, pero tampoco temo que llegue ese momento. Sólo serán unos instantes de sufrimiento y luego sobrevendrá el descanso, que será mucho mayor al no verte jamás.

Shubaddar sonrió desdeñosamente.

—Palabras, sólo palabras —dijo—. Cambiarás de parecer cuando veas que la cosa ya no tiene remedio. Entonces, chillarás pidiendo perdón, llena de miedo.

—Tú sí que tienes miedo. Temes a una mujer y a un mono...

—No es un mono, salvo en la imagen. Pero nunca podrá llegar a lo alto de la torre. Y tus planes se habrán frustrado para siempre.

Roxelia miró un instante hacia la ventana, situada en uno de los últimos pisos de la Torre Máxima.

En cierto modo, no podía quejarse por incomodidades; disponía para ella sola de un dormitorio y un baño, aunque la evasión le quedaba prohibida por el centinela que tenía constantemente ante la puerta.

Pero gozaba de una relativa libertad e, incluso, podía moverse por los tres últimos pisos, aunque en todo momento seguida por el vigilante.

Más abajo, había una puerta que sólo se abría a una orden directa del propio Shubaddar.

Roxelia estaba allí desde el momento en que fue capturada, y todas sus ideas sobre una posible evasión habían sido desechadas hacía tiempo.

Shubaddar salió apenas terminadas sus últimas palabras, sin molestarse en cerrar la puerta. A través del hueco, ella divisó repentinamente una cara conocida.

—¡Doctor Grindo! —exclamó.

El hombre se volvió.

—Ah, Roxelia —sonrió—. ¿Cómo te encuentras?

—Perfectamente, doctor —se anticipó Shubaddar.

—No sabía que esa chica estuviese aquí...

—Es mi huésped, doctor. .

—Ya, Roxelia, celebro verte —dijo el médico.

—Doctor, ¿qué hace aquí? —preguntó la muchacha, vivamente sorprendida.

—Estoy tratando a la hija del primer ministro.

—Así es —sonrió Shubaddar—. Pese a las diferencias en política, el doctor Grindo es ante todo un hombre enamorado de su profesión y acabará por curar a mi hija.

Roxelia asintió. Pero presentía algo extraño en la actitud de Grindo. Pese a las protestas de Shubaddar, ella había oído hablar a Grindo en más de una ocasión y conocía el odio salvaje que profesaba al primer ministro.

Una vez, Grindo había dicho que era preciso exterminar a toda la familia de Shubaddar. ¿Y ahora, trataba de sanar a la hija?

El médico hizo un gesto con la mano.

—Celebro verte, Roxelia —se despidió.

La joven hizo un leve movimiento de cabeza. Grindo y Shubaddar se marcharon y ella volvió a quedarse sola.

Más tarde, se asomó a la ventana. Por encima de ella sólo estaba la planta en que se hallaban las habitaciones de Arydia. Y, un poco más arriba, la caja de metal, tan inalcanzable como si estuviese a un trillón de kilómetros de distancia.

Lanzó un melancólico suspiro. Krottyn no vendría. Estaba perdido en la selva de Irmgod. Su naturaleza simiesca acabaría imponiéndose a la mente humana y se convertiría definitivamente en un mono gigante.

No, no había sido una buena idea la del trasplante de un cerebro humano al cráneo de un simio. Sólo había sido un sueño... y ahora estaba pagando las consecuencias.

CAPITULO VIII

El hombre abrazaba apasionadamente a la hermosa mujer, quien correspondía con cálidos besos a sus caricias. Ambos estaban tendidos sobre el lecho de pieles, en la penumbra de la habitación, y se sentían ajenos por completo a cuanto sucedía a su alrededor.

De pronto, el hombre movió la cabeza un poco y vio algo con el rabillo del ojo. Se irguió un poco, volvió a mirar y cayó fulminado sobre la cama.

—¡Caramba, sí que le he dado un buen susto! —exclamó Krottyn.

Zorah, todavía desnuda, se apoyó en un codo y miró al terrestre con ojos de pasmo. —¡Gil! ¿De dónde sales? Krottyn sonrió.

—Hermosa, ¿no crees que lo mejor sería quitar de ahí ese «estorbo»?

—Pobrecillo —Zorah se echó a reír—. Le has dado un susto de muerte... Anda, entra en el baño y desaparece de la vista. Voy a ver si me lo quito de encima.

—Parecías muy contenta de la postura —dijo él maliciosamente.

—Bah, no lo creas; sólo estaba ganándome un puñado de monedas.

Zorah se levantó y se puso una bata. Al cabo de unos momentos, Krottyn pudo oír su voz desde el baño:

—Vamos, vamos, cariñito... ¿Aquí un mono gigante? Eso debe ser que cenaste demasiado... Ya no tienes el estómago de un chico de veinte años... No te preocupes por mí; lo primero es tu salud. Ve a tu casa y toma un tranquilizante...

El «cliente» se marchó. Zorah fue al baño y abrió la puerta.

—He podido convencerle de que había tenido una pesadilla —sonrió —. Pero no vayas a creer, aún ahora no me siento muy segura de que

no esté soñando.

—Soy yo, en carne y hueso... y pelo —dijo Krottyn—. Zorah, necesito tu ayuda.

—¿Qué puedo hacer, Gil?

—Shubaddar quiere que me entregue prisionero. De lo contrario, matará a Roxelia.

Zorah parpadeó.

—¿Es cierto? —preguntó.

—Rigurosamente cierto —confirmó él.

—Bueno, si tienes alguna idea... Haré lo que me sea posible, aunque, como puedes comprender, debo evitar comprometerme demasiado. Trata de ponerte en mi lugar...

—Preferiría ponerme en mi cuerpo humano otra vez —dijo él—. Pero eso ya no es posible. Zorah, de momento sólo necesito una cosa.

—Dime, Gil.

Krottyn sonrió para sí. Casi se había acostumbrado ya al nombre de Frogo. El suyo empezaba a resultarle extraño. Lo cual no resultaba agradable.

—¿Puedes decirme dónde vive Der-Holf?

Zorah se sobresaltó un momento. Luego asintió.

—Sí, lo sé —contestó.

* * *

Der-Holf estaba sumido en un profundo sueño cuando, de pronto, creyó percibir un ruidito extraño en la casa.

Inmediatamente, se incorporó un poco y aguzó Su mujer, que dormía al lado, se despertó también.

—¿Qué sucede, querido? —preguntó.

—No sé... Parece que tenemos visita...

—¿A estas horas?

Der-Holf se levantó y agarró una pistola de energía, que guardaba en un estante situado aliado de la cama.

—No te muevas, querida —ordeno.

Vestido solamente con un «slip», Der-Holf cruzó el dormitorio y abrió la puerta. Los ruidos llegaban de la cocina.

Continuó avanzando. Instantes después, vio a un gigantesco mono, que estaba saqueando el bien provisto frigorífico. Der-Holf levantó la mano armada. Entonces, el mono se volvió aún con la boca llena y dijo:

—No tires. Soy Frogo. O si lo prefieres, Gil Krottyn, de la Tierra.

Der-Holf se sobresaltó.

—¿Eres tú? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Sería largo de contar —sonrió Krottyn—. He venido, simplemente, porque necesito hablar contigo.

—Muy bien. Aguarda un momento; voy a tranquilizar a mi mujer. Regresaré en seguida.

Der-Holf se marchó y Krottyn continuó concediendo su atención a la pierna asada de aquel animal tan parecido a la ternera terrestre. Estaba fría, pero deliciosa.

El antiguo primer ministro volvió, pasados algunos minutos.

—Dispénsame. Mi esposa se sentía muy intranquila y he tenido que darle un sedante. No quería dejarme marchar hasta que se durmiese...

—No tiene importancia, Der-Holf.

—Der-Holf es el apellido. Mi nombre es Junpho.

—Muy bien, Junpho. Voy a decirte lo que quiero en pocas palabras. Sobre todo, porque te supongo enterado del plan de Roxelia y el doctor Florenz.

—En efecto, estoy enterado —confirmó Der-Holf.

—Roxelia está prisionera de Shubaddar. Tengo que entregarme o la matará. Y ya no me quedan más que cuarenta y ocho horas de plazo. ¿Qué me aconsejas?

Der-Holf, ahora cubierto con una bata, empezó a pasearse por la estancia, mientras se acariciaba el labio inferior.

De pronto, se volvió hacia el terrestre.

—Frogo, ¿podrías aguardar veinticuatro horas más?

—Sí, pero ni un solo minuto que rebase de ese plazo — contestó Krottyn.

—Bien, en tal caso... consultaré con un amigo.

—Pero... ¿sobre qué? —se extrañó el terrestre.

—Te lo diré mañana, no te preocupes. Liberaremos a Roxelia, ya lo verás.

—Conforme. Si no tienes nada más que decirme, me marcho.

—¿Por qué tantas prisas? —sonrió Der-Holf—. Hay más comida en el frigorífico. Con tu corpulencia actual, necesitas al menos lo de cuatro personas...

—Gracias, pero ya tengo bastante. A propósito, ¿qué sabes de Arydia?

—¿La hija de Shubaddar? —Sí, la misma.

—¿Qué te interesa de esa chica?

—Bueno, es mera curiosidad... La vi cuando actuábamos en la fiesta de su cumpleaños...

—Está muy enferma, es todo cuanto puedo decirte. Si estuviera aquí su médico, podría darte más datos sobre el particular.

—Ah, lo conoces. —Es un buen amigo.

—Entiendo. De todos modos, como dije, era sólo curiosidad. Bueno, ya te he molestado bastante.

—¡Por favor! —protestó Der-Holf.

Krottyn agitó una mano. Luego se dirigió a la ventana por la que había entrado y salió al exterior.

Apenas si pudo dar un paso. Una voz surgió de las sombras que rodeaban la casa.

—¡Quieto ahí! ¡No te muevas o te abrasamos vivo! La sorpresa paralizó al terrestre. Antes de que pudiera reaccionar, oyó un leve chasquido y sintió un pinchazo en el brazo izquierdo.

Inmediatamente, adivinó la verdad.

Era inútil intentar escapar. Había recibido el impacto de un dardo narcótico y caería antes de recorrer cien pasos.

Resignado a su suerte, se sentó en el suelo. Con la mente ya embotada, percibió a media docena de individuos que avanzaban hacia él, algunos de ellos portadores de gruesas cadenas de acero.

—No conviene dejar rastros —dijo uno.

—En el fondo del lago Urdux estará bien resguardado —rió otro de sus captores.

Krottyn empezó a dormirse, mientras sentía que le rodeaban el cuerpo con las cadenas. Con sus últimos restos de conciencia, notó algo extraño, pero no tuvo tiempo de extraer las debidas conclusiones y se durmió profundamente.

* * *

Cuando despertó, sintió bastante frío.

Estaba tendido de espaldas sobre un suelo blando, limoso, abundante en hierbas acuáticas. Al abrir los ojos, vio un resplandor por encima de su cabeza.

La luz tenía un color verde muy acentuado. Algunas cosas se movieron delante de su rostro.

Eran peces. Entonces recordó haber oído algo sobre un lago.

Sí, estaba en el fondo de un lago, y a juzgar por la luz que llegaba a sus retinas, a unos cuarenta metros de distancia de la superficie. Además, era ya de día y su captura se había producido todavía de noche.

De pronto, sintió en la pierna algo parecido a una picadura. El instinto le hizo agitarse y el limo del fondo enturbió un poco el agua. A sus movimientos, los peces que le rodeaban huyeron asustados.

«Era lo que me faltaba, ser devorado vivo por los peces», pensó malhumoradamente.

Pero, de pronto, sintió que le faltaba el aire.

Era preciso hacer algo. Volvió a agitarse. Por fortuna, no le habían lastrado. Sin duda, calculó, habían pensado que tenía suficiente con las cadenas que inmovilizaban sus miembros.

En cierto modo, podía mover las piernas. Hizo un esfuerzo y logró talonear hacia arriba. Moviendo los hombros y las piernas, de las rodillas para abajo, consiguió ascender. Cuando asomó la cabeza a la superficie, recibió en los pulmones el chorro vivificante del aire puro y fresco.

No obstante, aún corría el riesgo de volver a sumergirse. Consiguió hinchar los pulmones de aire y su pecho se dilató enormemente, con lo que aumentó la flotabilidad. Luego, poniéndose de espaldas, empezó a nadar muy despacio hacia la orilla.

Se preguntó si podría llegar. El lago Urdux tenía una gran extensión. La tierra firme se encontraba a más de tres kilómetros de distancia.

Al cabo de un rato, sintió que le fallaban las fuerzas. De haber dispuesto de sus miembros en completa libertad, habría recorrido los tres kilómetros en contados segundos. Pero la postura era muy incómoda y debía redoblar sus esfuerzos para mantenerse a flote. Empezó a notar un decaimiento que no invitaba precisamente al optimismo.

Inesperadamente, su cabeza chocó con algo duro. Detrás de él sonó una exclamación de sorpresa.

Krottyn se volvió un poco.

—Ayúdame, por lo que más quiera —pidió.

El hombre que pescaba apaciblemente en una barca, le miró con infinita sorpresa.

—¡Un mono que habla! —gritó.

—Sí, pero me voy a ahogar... Échame una cuerda, hombre. Pronto, por favor... Bastará con que la ates a la barca y me remolques hasta la orilla...

—Oye, yo no...

—Haz lo que te digo y alguien te dará cien monedas de oro. Por favor...

El pescador cedió al fin. Inclinándose un poco, pasó una cuerda por debajo de la cadena que contorneaba el tórax de

Krottyn y ató el otro extremo a un saliente de la barca. Luego empezó a bogar hacia la orilla.

—Tendrás que buscar una lima o algo para cortar las cadenas —ahora, aunque sumergido casi por completo, Krottyn mantenía la cabeza fuera del agua y podía respirar sin dificultad. Al fin, llegaron a tierra firme y pudo arrastrarse sobre las hierbas, hasta llegar a un sitio- enjuto.

—No había visto nunca un mono que hablase —confesó el pescador —. ¿Te enseñaron a hablar?

—Sí, pero luego pensaron que habían cometido un error y me arrojaron al agua —sonrió Krottyn—. Me llamo Frogo.

—Yo soy Raddlo. Confidencialmente, detesto a los cazadores de monos gigantes. Son seres vivientes; tienen derecho a la libertad, como cualquiera de nosotros. No es culpa suya si son salvajes...

—Lo son menos de lo que se piensa —contestó el terrestre-. Bien, ¿me ayudarás a liberarme?

—En casa tengo un soplete que uso para algunos trabajos. Espera unos minutos, por favor.

Raddlo se marchó y regresó un cuarto de hora más tarde. El soplete actuó eficazmente sobre las cadenas. Al sentirse libre, Krottyn las arrojó al agua.

Luego se encaró con el pescador.

—Raddlo, cuando puedas, ve a «La Mansión del Placer». Pregunta por su dueña; se llama Zorah. Dile lo que ha sucedido; te dará las cien

monedas. Pero, por favor, no lo repitas a nadie más.

—Descuida —contestó Raddlo.

Krottyn esbozó una sonrisa.

—Te daría la mano, pero temo destrozarte los dedos —dijo—. Nunca olvidaré tu gesto, Raddlo.

—He hecho, simplemente, lo que debía —contestó el pescador.

Krottyn rozó su brazo con las yemas de sus dedos. Luego se dispuso a iniciar la marcha.

—¿Qué distancia hay hasta Frecqul? —consultó.

—A pie, cuatro horas. Pero me parece que tú llegarás mucho antes.

—No lo creas. Debo esperar hasta la noche, aunque me esconderé en cualquier parte para que no me vean. ¡Adiós, Raddlo!

—Buena suerte, Frogo.

Krottyn empezó a trotar. Segundos más tarde, se había perdido en el interior del espeso bosque que rodeaba el lago Urdux.

CAPITULO IX

Zorah se sentó en la cama, con los ojos fuera de las órbitas, sin creer que lo que sucedía fuese realidad. Delante de ella, Krottyn sonreía complacidamente.

—Soy yo y no mi fantasma —dijo.

Zorah se pasó una mano por la cara.

—Pellízcame, por favor —pidió con voz ronca.

—Ni lo sueñes. Te arrancaría medio brazo —rió él. De pronto, se puso serio—. Zorah, presiento que alguien te dijo que había muerto.

—Sí —admitió ella.

—¿Der-Holf?

—En efecto. Vino a visitarme. Dijo que estuviste con él y que, a la salida de su casa, te sorprendieron unos esbirros del capitán Varko. Uno de ellos te durmió con un proyectil y luego te cargaron de cadenas, para llevarte al lago Urdux. Der-Holf los siguió y pudo ver cómo, en efecto, te lanzaban al agua, sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Zorah abandonó la cama de un saltó.

—Pero ¿cómo has conseguido salvarte? —exclamó—. Tenías que estar ahogado; Der-Holf dijo que no había esperanzas de que sobrevivieras... ¿Quién ha hecho ese milagro, Gil?

Krottyn volvió a sonreír.

—No hay tal milagro, sino descuido, incompetencia o, quizá mejor dicho, ignorancia. En efecto, me narcotizaron y perdí el conocimiento. Ni siquiera me enteré cuando me arrojaban al agua, en donde permanecí, creo, unas cinco horas.

—¡Has resistido cinco horas debajo del agua! —se espantó Zorah.

—Así es, pero gracias al narcótico.

—No entiendo...

—Yo creo que lo fabricaron con demasiada potencia, dado que se trataba de dormir a seres de mi tamaño. Pero, en todo caso, produce no sólo sueño, sino un estado de catalepsia total, durante el cual quedan suspendidas casi por completo las funciones orgánicas. En consecuencia, el cuerpo no necesita oxígeno y puede permanecer sumergido bajo el agua un tiempo indeterminado, cinco horas en mi caso. Pero, cuando desperté, créeme, tuve que hacer esfuerzos inauditos para llegar a la superficie, si no quería morir ahogado.

—Es increíble —se asombró Zorah—. Si no me lo hubiera dicho Der-Holf, si no te tuviera delante de mí, no lo creería en absoluto.

—Pues es verdad, una agradable verdad —dijo él—. A propósito, Zorah; un amigo llamado Raddlo vendrá a verte. Entrégale cien monedas de oro. Se las prometí por remolcarme hasta la orilla y cortar luego mis cadenas.

—Le daré el dinero —prometió Zorah.

—Algún día, espero, podré devolvértelo...

—Bah, no te preocupes. Los amigos están para eso.

—Gracias, hermosa. ¿Puedo pedirte algo más?

—Lo que quieras.

—Esta noche vuelvo a la Torre Máxima. Necesitaré dos transmisores de televisión y un médico amigo tuyo.

—Me parece que pides demasiado...

—Tú puedes conseguirlo. Hay transmisores que caben en la mano, lo

sabes bien. Además, pueden proyectar imágenes en una pantalla grande...

—Sí, lo sé, y creo que podré conseguirlo. Pero, ¿qué pretendes, Gil?

—Lo sabrás en el momento oportuno. ¿Tienes algún amigo médico en quien se pueda confiar?

—Por supuesto. Lo que sucede es que... No sé, me parece demasiado poco tiempo...

—No puedo aguardar más. Tengo que acabar antes de que amanezca o Roxelia será ejecutada.

Zorah consultó su reloj de pulsera. Luego sonrió.

—Tendré los transmisores y el médico aquí antes de una hora —prometió.

—Dile a tu amigo que se traiga un equipo portátil de teleanálisis. Lo vamos a necesitar también.

—De acuerdo —respondió la mujer.

* * *

Esta vez ya poseía cierto entrenamiento y la ascensión a la Torre Máxima resultó menos dificultosa que en la ocasión anterior. Pero ahora se encontraba con cierta desventaja: no disponía de paracaídas.

Si le descubrían, podía considerarse muerto. A pesar de todo, continuó subiendo.

Cuando le faltaban dos pisos para llegar a su objetivo, encontró el hueco de una ventana y se sentó a descansar un momento. De pronto, oyó un chirrido a sus espaldas.

Hizo un esfuerzo para revolverse, debido a la angostura del espacio. Su sorpresa fue enorme al reconocer a Roxelia.

Ella no se sintió menos estupefacta.

—¡Frogo!

—Hola, encanto —sonrió él, hecho un ovillo—. ¿Crees que estás soñando?

Roxelia se pasó una mano por los ojos.

—Me dijeron que estabas muerto.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Shubaddar, hombre.

—De modo que Shubaddar está enterado...

—Sí. Te arrojaron al lago Urdux, creo.

—En efecto, pero ya te contaré luego lo que pasó. Ahora tengo algo más urgente que hacer.

Roxelia se alarmó.

—¿Adónde vas?

—Al piso superior, a las habitaciones de Arydia.

—Está enferma. Se agrava día a día. El doctor Grindo me ha dicho confidencialmente que no tiene salvación.

—Es su médico de cabecera, ¿no?

Ella asintió.

—Lo conozco desde que era una niña. Es uno de los médicos más competentes y, aunque enemigo político de Shubaddar, sabe dejar las rivalidades a un lado para ejercer su profesión a conciencia.

—Nunca faltan hombres dignos y honestos —sonrió él—. Bueno, de momento, ya hemos hablado bastante. Seguiremos más tarde.

—Espera, Frogo.

Krottyn miró inquisitivamente a la muchacha.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

—Voy al cuarto de Arydia. La avisaré de tu presencia; de otro modo, podría dar la alarma.

—Pero, ¿puedes entrar en sus habitaciones? —se asombró él.

—En realidad, puedo moverme sin dificultades por los tres últimos pisos. Soy una prisionera de cierto rango y a Shubaddar le agrada tener muy en cuenta el protocolo. Incluso me permite conversar con la muchacha, a fin de distraerla en su forzosa inmovilidad.

—Comprendo. Sin embargo, me extraña que la chica esté en un lugar tan elevado... ,

—Se corrieron rumores de que podía ser secuestrada por los enemigos de Shubaddar. Entonces, su padre decidió traerla a lugar seguro.

—Sí, parece lógico. Bien, ¿cuánto tardarás en llegar arriba?

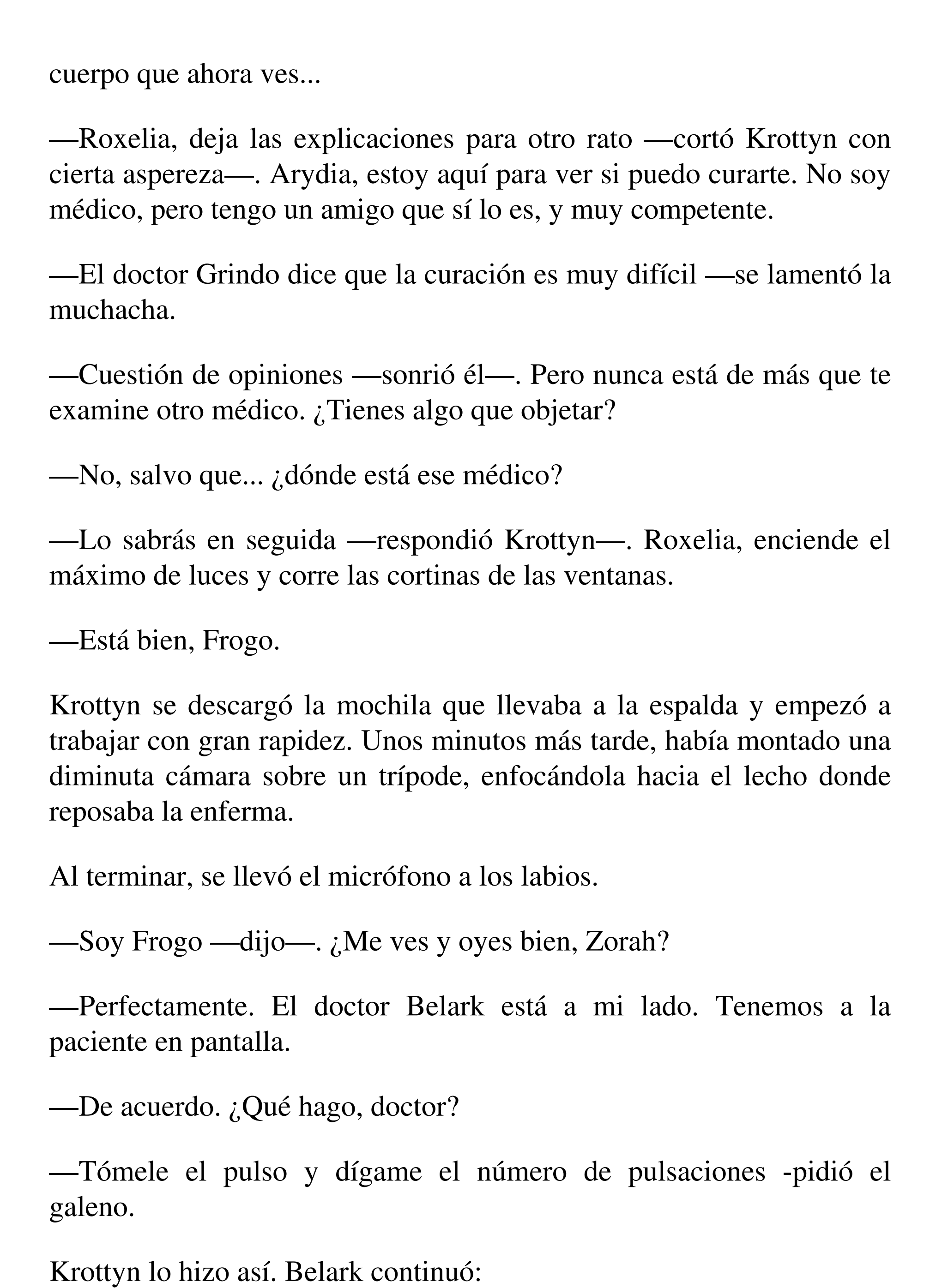
—Dame cinco minutos.

—De acuerdo.

* * *

Arydia miró con asombro al gigantesco simio que había penetrado en su dormitorio poco menos que milagrosamente. A su lado, Roxelia trataba de calmar a la chica.

—No temas —dijo—. Es amigo. En realidad…, si su cuerpo es de mono, su mente es humana. Se trasplantó su cerebro de hombre al



cuerpo que ahora ves...

—Roxelia, deja las explicaciones para otro rato —cortó Krottyn con cierta aspereza—. Arydia, estoy aquí para ver si puedo curarte. No soy médico, pero tengo un amigo que sí lo es, y muy competente.

—El doctor Grindo dice que la curación es muy difícil —se lamentó la muchacha.

—Cuestión de opiniones —sonrió él—. Pero nunca está de más que te examine otro médico. ¿Tienes algo que objetar?

—No, salvo que... ¿dónde está ese médico?

—Lo sabrás en seguida —respondió Krottyn—. Roxelia, enciende el máximo de luces y corre las cortinas de las ventanas.

—Está bien, Frogo.

Krottyn se descargó la mochila que llevaba a la espalda y empezó a trabajar con gran rapidez. Unos minutos más tarde, había montado una diminuta cámara sobre un trípode, enfocándola hacia el lecho donde reposaba la enferma.

Al terminar, se llevó el micrófono a los labios.

—Soy Frogo —dijo—. ¿Me ves y oyes bien, Zorah?

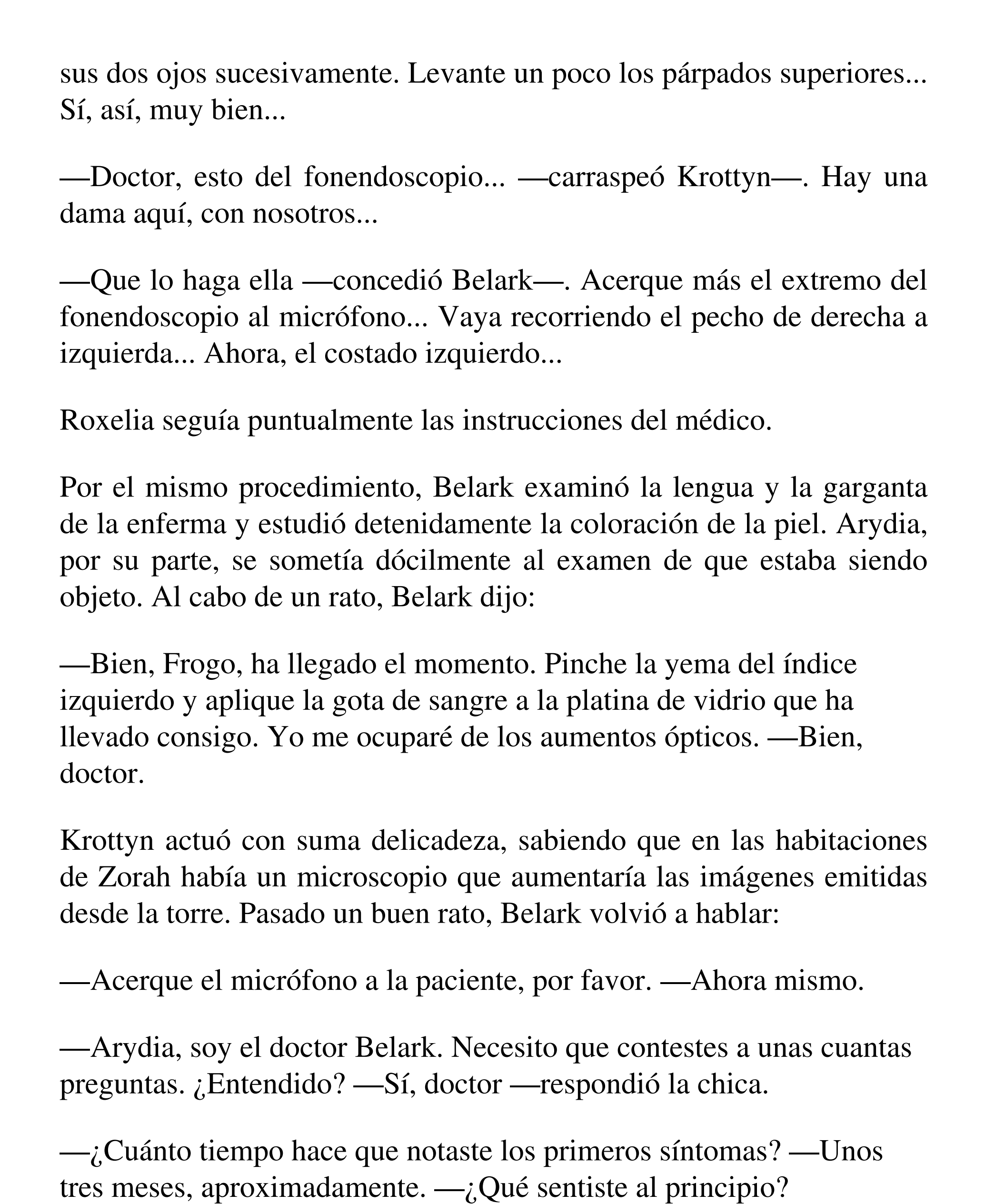
—Perfectamente. El doctor Belark está a mi lado. Tenemos a la paciente en pantalla.

—De acuerdo. ¿Qué hago, doctor?

—Tómele el pulso y dígame el número de pulsaciones -pidió el galeno.

Krottyn lo hizo así. Belark continuó:

—Aplique el fonendoscopio a su pecho. Luego enfoque la cámara a



sus dos ojos sucesivamente. Levante un poco los párpados superiores... Sí, así, muy bien...

—Doctor, esto del fonendoscopio... —carraspeó Krottyn—. Hay una dama aquí, con nosotros...

—Que lo haga ella —concedió Belark—. Acerque más el extremo del fonendoscopio al micrófono... Vaya recorriendo el pecho de derecha a izquierda... Ahora, el costado izquierdo...

Roxelia seguía puntualmente las instrucciones del médico.

Por el mismo procedimiento, Belark examinó la lengua y la garganta de la enferma y estudió detenidamente la coloración de la piel. Arydia, por su parte, se sometía dócilmente al examen de que estaba siendo objeto. Al cabo de un rato, Belark dijo:

—Bien, Frogo, ha llegado el momento. Pinche la yema del índice izquierdo y aplique la gota de sangre a la platina de vidrio que ha llevado consigo. Yo me ocuparé de los aumentos ópticos. —Bien, doctor.

Krottyn actuó con suma delicadeza, sabiendo que en las habitaciones de Zorah había un microscopio que aumentaría las imágenes emitidas desde la torre. Pasado un buen rato, Belark volvió a hablar:

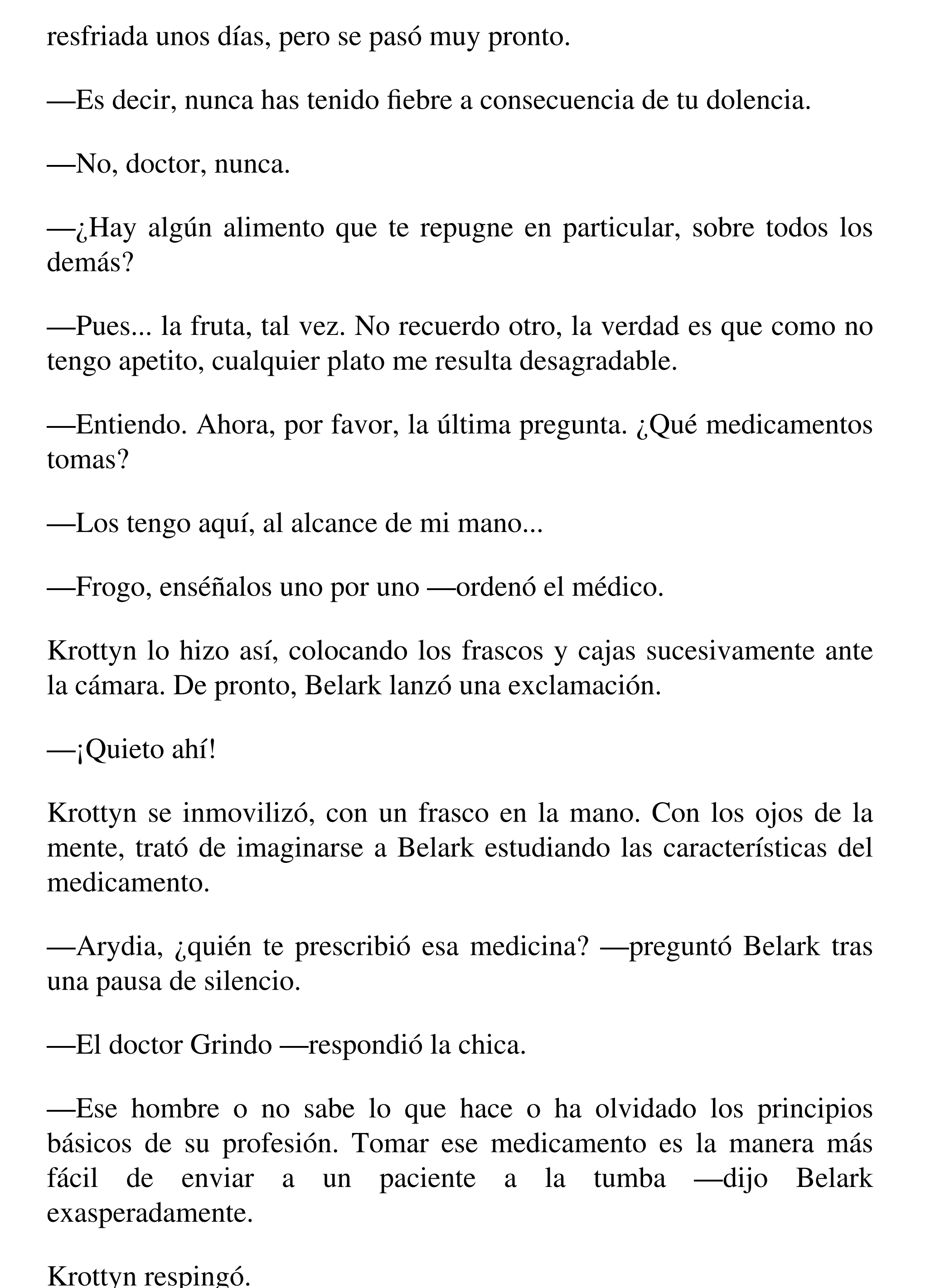
—Acerque el micrófono a la paciente, por favor. —Ahora mismo.

—Arydia, soy el doctor Belark. Necesito que contestes a unas cuantas preguntas. ¿Entendido? —Sí, doctor —respondió la chica.

—¿Cuánto tiempo hace que notaste los primeros síntomas? —Unos tres meses, aproximadamente. —¿Qué sentiste al principio?

—Mareos, algo de inapetencia... Se me pasó pronto, pero una semana más tarde, volvieron los síntomas... Empecé a perder el apetito...

—¿Has tenido fiebre en alguna ocasión? —No. Bueno, sí; estuve



resfriada unos días, pero se pasó muy pronto.

—Es decir, nunca has tenido fiebre a consecuencia de tu dolencia.

—No, doctor, nunca.

—¿Hay algún alimento que te repugne en particular, sobre todos los demás?

—Pues... la fruta, tal vez. No recuerdo otro, la verdad es que como no tengo apetito, cualquier plato me resulta desagradable.

—Entiendo. Ahora, por favor, la última pregunta. ¿Qué medicamentos tomas?

—Los tengo aquí, al alcance de mi mano...

—Frogo, enséñalos uno por uno —ordenó el médico.

Krottyn lo hizo así, colocando los frascos y cajas sucesivamente ante la cámara. De pronto, Belark lanzó una exclamación.

—¡Quieto ahí!

Krottyn se inmovilizó, con un frasco en la mano. Con los ojos de la mente, trató de imaginarse a Belark estudiando las características del medicamento.

—Arydia, ¿quién te prescribió esa medicina? —preguntó Belark tras una pausa de silencio.

—El doctor Grindo —respondió la chica.

—Ese hombre o no sabe lo que hace o ha olvidado los principios básicos de su profesión. Tomar ese medicamento es la manera más fácil de enviar a un paciente a la tumba —dijo Belark exasperadamente.

Krottyn respingó.

—¿Seguro, doctor?

—Absolutamente. Arydia, no vuelvas a tomar una sola tableta de esa medicina. A decir verdad, no necesitas «ninguna» medicina, absolutamente. ¿Me has entendido?

—Sí, doctor.

—Pero, entonces, ¿con qué se va a curar? —exclamó Roxelia, estupefacta.

—¡Con buenos filetes! —rugió Belark—. Comer, y comer abundantemente, eso es lo que necesita. Hígado de animales también, para aumentar al número de glóbulos rojos en la sangre. Espinacas, que contienen mucho hierro... ¡Maldición! Pero, ¿qué clase de médicos han estado atendiendo a esta pobre chica?

De pronto, Krottyn agarró todos los medicamentos y corrió hacia la ventana, lanzándolos al vacío. Arydia, atónita, miró hacia la cámara.

—Doctor, pero, ¿qué pasará si no recobro el apetito? —consultó.

—Muchacha, deja de tomar medicinas durante seis horas solamente. Espera ese tiempo en ayunas, sin beber siquiera un vaso de agua... ¡y te garantizo que pasado ese plazo, serás capaz de comerte un filete de medio kilo con patatas fritas!

Krottyn cambió una mirada con Roxelia. Ella hizo un gesto de asentimiento, como dando a entender que comprendía lo sucedido.

Luego, Krottyn se volvió hacia la cámara.

—Doctor Belark, gracias por todo —dijo—. ¿Puedo pedirle que sea discreto con respecto a este asunto?

—Sí, desde luego —accedió el médico. Habló un poco más y definió certeramente la enfermedad de la muchacha, a quien garantizó la curación si seguía estrictamente sus instrucciones. Luego dijo que ya

podía cortar la emisión. ,

Entonces, Krottyn se volvió hacia Roxelia.

—Bien, y ya que estoy aquí, ¿por qué no subo hasta la cúspide? —sonrió.

CAPITULO X

Suspendido de la cuerda que había sujetado al saliente por un gancho, a mil trescientos sesenta y un metros del suelo, Krottyn se balanceó en el aire unos momentos. Al fin, consiguió poner las manos inferiores en el hueco de la ventana. Luego se agachó, y a gatas, penetró nuevamente en la habitación de Arydia.

La muchacha se había vuelto a dormir. Roxelia le miró inquisitivamente.

—¿Lo has conseguido?

Hablaba en voz baja, temerosa de despertar a Arydia. Krottyn hizo un gesto negativo.

—No había nada en la caja —respondió en el mismo tono.

Ella retrocedió un paso.

—Imposible. Tiene que estar —afirmó.

—Lo siento. Repito que la caja está vacía.

—Pero eso no puede ser. ¡Va contra la ley!

Krottyn sonrió sarcásticamente.

—¿Qué ley? —preguntó, burlón—. Shubaddar es la ley. Todo primer ministro «es» la ley en Frecqul.

Roxelia se pasó una mano por la frente.

—Creo que no me has entendido —dijo—. Por muy arbitrarios y despóticos que sean los actos de un primer ministro, ninguno, hasta ahora, se había atrevido a vulnerar una ley que data de tiempos inmemoriales. ¿Acaso crees que fue Shubaddar quien hizo construir la Torre Máxima para guardar lo que ahora falta?

—No, pero da la casualidad de que, por su rango, es el

Custodio de la Torre, y tiene la llave y la combinación. Por tanto, puede meter en la caja lo que le parezca bien y llevarse lo que más le guste.

—Para abrirla, es preciso que haya, al menos, seis testigos, tres de los cuales han de pertenecer forzosamente, al gabinete...

—Serán amigos suyos y habrán cerrado los ojos o se habrán vuelto de espaldas, mientras él manipulaba en la caja.

Roxelia dejó caer los brazos a lo largo de su cuerpo, en un gesto de inequívoco abatimiento.

—Entonces, hemos perdido el tiempo —murmuró.

—Yo he perdido algo infinitamente más valioso: mi cuerpo humano. A fin de cuentas, tú, pasados algunos meses, olvidarás lo que ha sucedido y seguirás tu vida normal. En cambio yo, si salgo con vida de esto, tendré que marcharme a los bosques de Irmgod y buscarme una hembra de mono gigante. Claro que puedo enseñarles muchas cosas... Pero, de todos modos, la perspectiva no tiene nada de agradable.

—Lo siento —dijo ella—. Si pudiera hacer algo en tu favor...

De repente, Krottyn alzó una mano.

—Viene alguien —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Roxelia, alarmada.

Krottyn se tocó la oreja derecha.

—Tengo oídos muy finos —contestó—. ¿No hay algún sitio donde esconderse?

—Allí, en el baño...

—Ven —dijo Krottyn.

Agarró la cámara con una mano y corrió hacia el lugar indicado. Roxelia le siguió y cerró la puerta.

Transcurrieron unos segundos. Luego se oyó un grito de protesta de la muchacha, súbitamente despierta por la irrupción de unos hombres en su habitación. Alguien la hizo callar ásperamente.

Después, alguien se acercó a la puerta del baño.

—Sabemos que están ahí —dijo el hombre—. Salgan, con las manos en alto, y piensen en que hay cuatro pistolas de energía listas para actuar si intentan algún movimiento agresivo. Ni los monos más fuertes son capaces de resistir una sola de esas descargas.

Roxelia se tapó la cara con las manos. Krottyn palmeó suavemente sus hombros.

—Vamos, no hagamos esperar a esos caballeros —dijo.

Y abrió la puerta.

* * *

Había cinco hombres uniformados, cuatro de los cuales empuñaban sendas pistolas. El quinto, evidentemente, mandaba el grupo y sonreía de un modo muy especial.

—Soy el capitán Varko —se presentó, a la vez que saludaba cortésmente—. En verdad, me siento admirado por la hazaña que ha realizado ese mono. No hay muchos capaces de trepar dos veces hasta lo alto de la Torre, debo admitirlo. Y elogiarlo también. Pero mucho me temo que esas hazañas no hayan servido para nada.

Roxelia adelantó un par de pasos.

—Capitán, si hay algún culpable, soy yo —exclamó—. Me atribuyo todas las culpas desde este momento. Frogo, el mono gigante, debe ser

considerado como inocente. Es un terrestre, al que, con malas artes, trasplantamos el cerebro al cráneo de un mono gigante, a fin de utilizarlo para nuestros planes. Deben dejarle libre; permitan que se marche a Irmgod, se lo ruego.

Varko escuchó impávido el alegato de la joven. Luego respondió:

—Es conmovedor su interés por este simio, pero puesto que es inteligente, pudo perfectamente haberse negado a tomar parte en la conjura. Por tanto, es tan culpable como usted.

—Está bien —se resignó la joven—. ¿Qué piensan hacer con nosotros?

Arydia tendió sus manos desde el lecho.

—Capitán, déjelos ir libres —suplicó—. Me han salvado la vida. Se lo ruego...

—No le haga caso —dijo Krottyn rápidamente—. Está muy enferma y delira. Seguramente, contará más tarde sueños fantásticos; una conversación con un médico que hace milagros y que ha prometido curarla, pero no son más que fantasías. A nosotros también nos contó esa fábula, y naturalmente, no la creímos. ¿Qué más querríamos que haberle salvado la vida? En tal caso, usted atendería su petición, sin dudarlo, ¿verdad?

De repente, Varko parecía un poco preocupado.

—Sí, claro... pero cuando una persona está enferma de gravedad, tiende a delirar y creer reales cosas que no existen sino en su mente calenturienta. Bien, acabemos de una vez.

Krottyn hizo un gesto con la mano en dirección a la muchacha.

—Adiós, Arydia.

Roxelia echó a andar, con el torso erguido y la barbilla levantada.

Krottyn sintió en el acto la presión de dos pistolas de energía contra sus riñones. No podía reaccionar; moriría instantáneamente.

Varko caminó hacia una amplia escalera de trazo curvo, que les llevó a la plataforma superior. El viento soplaba y silbaba en las alturas, aunque no con demasiada fuerza.

—Sitúense ahí —ordenó.

Krottyn y la joven fueron obligados a ponerse junto a la barandilla protectora que contorneaba la plataforma superior. Delante de ellos, a unos seis o siete metros de distancia, Varko sonrió perversamente.

—Voy a darles a elegir —habló pausadamente—. De todos modos, saltarán por encima del parapeto. La diferencia estriba en saltar vivos o muertos. ¿Cuál es la respuesta?

Roxelia se aterró. Los esbirros de Varko dispararían sus pistolas y morirían instantáneamente. Pero si elegían saltar... su existencia se prolongaría sólo un minuto o dos, un tiempo pequeñísimo, en el que sufrirían una agonía infinita antes de estrellarse contra el suelo.

Sin embargo, no tuvo tiempo de emitir su opinión. Antes de que pudiera captar en toda su crudeza la situación en que se hallaban, sintió que las manos de Krottyn la asían por la cintura y la levantaban a pulso.

—¡Preferimos saltar! —gritó el terrestre.

Y, tras salvar la barandilla de un enorme salto, se precipitó en el vacío, con Roxelia en los brazos.

* * *

Roxelia exhaló un grito agudísimo al sentirse caer en la oscuridad de la noche. Varko corrió hacia la barandilla y sacó medio cuerpo fuera.

Ya no se veía a la pareja. Sonriendo satisfecho, agitó una mano.

—Asunto concluido —dijo—. Vámonos.

Mientras, Krottyn y la joven continuaban su vertiginosa caída. De repente, un objeto que brillaba ligeramente en las tinieblas apareció en las inmediaciones de la pareja.

El aerocoche descendió a toda velocidad, procurando equiparar su descenso con el de Krottyn y Roxelia. Su piloto maniobró hábilmente, con la cúpula abierta.

—Vamos, vamos, no queda ya mucho tiempo —gritó.

Krottyn hizo un esfuerzo supremo, alargó una mano, sujetando a Roxelia con el otro brazo, y se aferró al borde del vehículo.

—Listo —rugió.

El piloto del aerocoche manejó los controles con suprema habilidad, refrenando gradualmente el descenso. Krottyn quedó colgado, siempre con la joven bajo el brazo. Finalmente, el aparato tomó tierra con infinita suavidad.

Krottyn dejó a la muchacha en el suelo. Roxelia, desmadejada, quedó tendida, incapaz de reaccionar. Una mujer saltó del aerocoche y corrió hacia la joven, con un frasquito en la mano.

—La verdad —dijo el piloto sonriendo—, ha sido la maniobra más arriesgada de mi vida.

—Pero ha salido bien —contestó Krottyn.

—Sí, aunque ya empezábamos a pensar que la espera era inútil. Amanecerá antes de media hora. Ya no podíamos quedarnos por más tiempo en las inmediaciones de la Torre.

—Gracias, capitán Tsoldos. Nunca olvidaremos tu gesto.

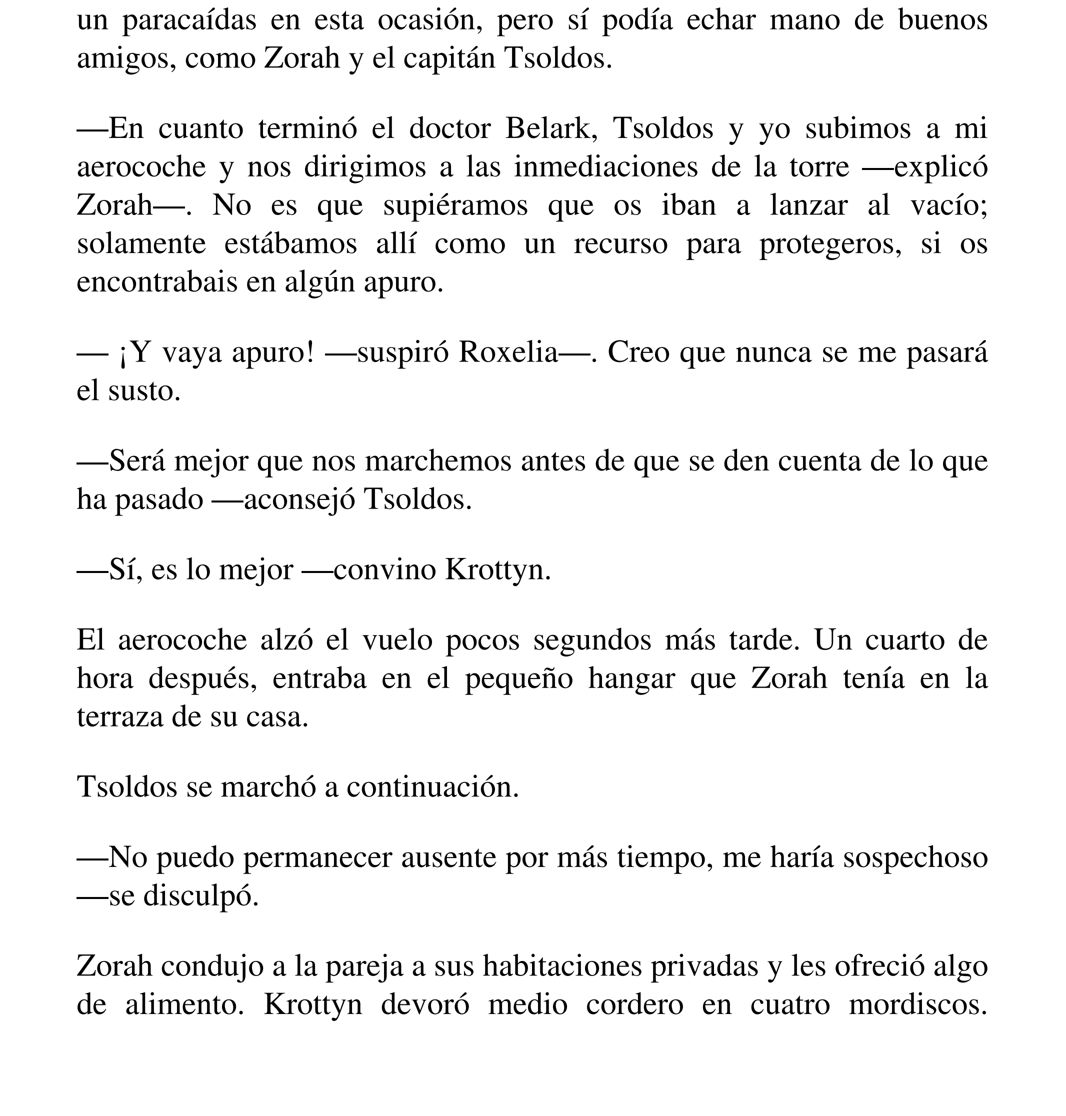
Zorah se volvió.

—Gil, ayúdame —pidió—. Ella no puede levantarse aún.

—Claro —contestó Krottyn.

Se acercó a Roxelia y la levantó en brazos, encaminándose luego hacia el aeromóvil. La joven empezaba a recuperarse.

—No entiendo... —balbuceó—. Parece un milagro...



—Un milagro, no —corrigió Krottyn—. Es algo que habíamos planeado con anterioridad, por si las cosas se torcían. No podía utilizar un paracaídas en esta ocasión, pero sí podía echar mano de buenos amigos, como Zorah y el capitán Tsoldos.

—En cuanto terminó el doctor Belark, Tsoldos y yo subimos a mi aerocoche y nos dirigimos a las inmediaciones de la torre —explicó Zorah—. No es que supiéramos que os iban a lanzar al vacío; solamente estábamos allí como un recurso para protegeros, si os encontrabais en algún apuro.

— ¡Y vaya apuro! —suspiró Roxelia—. Creo que nunca se me pasará el susto.

—Será mejor que nos marchemos antes de que se den cuenta de lo que ha pasado —aconsejó Tsoldos.

—Sí, es lo mejor —convino Krottyn.

El aerocoche alzó el vuelo pocos segundos más tarde. Un cuarto de hora después, entraba en el pequeño hangar que Zorah tenía en la terraza de su casa.

Tsoldos se marchó a continuación.

—No puedo permanecer ausente por más tiempo, me haría sospechoso —se disculpó.

Zorah condujo a la pareja a sus habitaciones privadas y les ofreció algo de alimento. Krottyn devoró medio cordero en cuatro mordiscos.

Roxelia, por su parte, se sentía inapetente y sólo tomó un poco de café.

Luego, tristemente, dijo:

—Hemos perdido el tiempo de la forma más tonta que se pueda imaginar. De todos modos, Frogo, no debes preocuparte por tu futuro.

—Está lleno de cacahuetes —dijo él humorísticamente.

—No quería decir una cosa así. Iremos a la Tierra y haré lo imposible para encontrar un cuerpo que pueda adecuarse a tu cerebro. El doctor Florenz no es el único capaz de hacer un trasplante de cerebro.

—Y tú tienes dinero, ¿verdad?

—Mi esposo era muy rico. Aunque estuvimos casados solamente una hora escasa, soy su heredera, según las leyes.

— Un panorama realmente confortable —sonrió Krottyn—. Supongo que esto te habrá hecho aborrecer la política.

—Ahora, la odio...

—Y, por tanto, te quedarás en la Tierra, a vivir de tus rentas.

—Por lo menos estaré ausente de Frecqul durante unos cuantos años. Creo que me conviene —admitió la joven.

—Puede que yo también me tome unas vacaciones —intervino Zorah —. Esto se • va a poner muy caliente en los próximos días y creo que mi ausencia contribuirá a apaciguar los ánimos. Por lo menos, el mío.

Krottyn asintió.

—Nos has ayudado muchísimo y nunca podremos pagártelo como te mereces. Puede que en la Tierra te guste montar otro local semejante; tendrías mucho éxito, te lo garantizo.

—Quizá lo haga, aunque estoy un poco cansada de la profesión. En

todo caso, me lo pensaré —Zorah se tapó la boca con una mano—. Estoy muerta de sueño. Me dispensáis, ¿verdad?

—Claro —contestó él.

—Gil, esta planta se encuentra ahora desocupada. Indícale a Roxelia una habitación para que descanse —se despidió Zorah.

Krottyn y la joven quedaron a solas unos momentos.

—Parece que conoces muy bien esta casa —dijo ella, un tanto despechada.

—La conocí, en los felices tiempos en que no me metía en política —contestó él con aire voluble—. Bien, si quieres descansar...

—Al menos, lo intentaré, aunque no sé si conseguiré dormirme. Pero, ¿qué haremos después? Cuando Varko se entere de que estamos vivos, nos buscará... No podremos siquiera intentar aproximarnos al astropuerto para tomar un pasaje de vuelta a tu planeta.

Krottyn no se inmutó.

—Roxelia, te aconsejo que no pierdas el optimismo —dijo—. El asunto no está solucionado todavía... y en cuanto a Varko, presumo que sus días de poder están contados.

Ella le miró asombrada. Pero Krottyn se negó a seguir hablando y la empujó hacia uno de los dormitorios.

—Anda, descansa —dijo persuasivamente—.Yo también descansaré un poco. Mis fuerzas no son inagotables.

CAPITULO XI

Era de noche cerrada y componían una extraña pareja, que se movía en la oscuridad con gran rapidez. Los simios gigantes, pensó Krottyn, eran nictálopes, lo que les permitía ver en las tinieblas con más facilidad que otras especies animales. Y él tenía ahora pupilas de mono de Irmgod.

Roxelia cabalgaba sobre sus hombros. Krottyn lo había decidido así, para poder moverse con más rapidez. No obstante, de cuando en cuando, tenían que guarecerse en algún lugar más oscuro, a fin de eludir el encuentro con alguna de las patrullas de la ronda nocturna.

Al cabo de un buen rato, ella se decidió a hablar.

—No sé qué vamos a conseguir —se lamentó—. Todo está perdido. Por mucho que hagamos, no conseguiremos derrocar a Shubaddar.

—Calma, muñeca —dijo él—. Te dije esta mañana que el asunto no había quedado solucionado por completo. Puede que todo concluya esta noche.

—¿Lo crees así?

—Mira, me parece que este negocio ha llegado ya a interesarme tanto como si lo hubiese ideado yo. Por eso tengo tanto interés en ver cómo acaba.

—¿Acaso tienes la solución?

—Es probable. Antes de que sea de día, habremos salido de dudas.

Roxelia se sentía desconcertada. ¿Qué sabía el terrestre que a ella, le resultaba incomprensible?

Casi de repente, se encontró ante un edificio que le era conocido de sobra.

—¡Es la residencia de Der-Holf! —exclamó, sorprendida.

—Sí, justamente.

Krottyn se puso en cuclillas y Roxelia se apeó en el acto. .

—Anda, llama —indicó él.

Roxelia se acercó a la puerta. Cuando iba a llamar, oyeron voces al otro lado.

Krottyn la agarró por la cintura y corrió con ella en peso, hasta la esquina más próxima. A los pocos instantes, vieron salir a un hombre de la casa.

—Bueno, creo que todo está ya resuelto —dijo el doctor Grindo.

—¿Acabarás hoy?

—Antes de una hora te llamaré con una buena noticia. Estarás satisfecho, supongo.

—Claro. Y descuida, no me olvidaré de ti.

Grindo se echó a reír.

—Ya sabes lo que quiero, Junpho —se despidió.

Había un aerocoche en las inmediaciones. Ajeno a que era observado por Krottyn y la joven, Grindo subió al aparato y se marchó inmediatamente.

—Me pregunto quién habrá enfermo en casa de Der-Holf —dijo Roxelia.

—Ahora podremos saberlo, ¿no? —contestó él, a la vez que la empujaba nuevamente hacia la puerta.

Roxelia se sentía un tanto intrigada, porque no comprendía las

intenciones de su acompañante. Llegó frente a la puerta y rozó con la mano una plaquita rectangular. Dentro de la casa se oyó un suave tintineo.

La puerta se abrió a los pocos instantes. Krottyn, discreto, permanecía en la parte más oscura, casi invisible. La luz del interior recayó de lleno sobre la joven.

Der-Holf la reconoció en el acto y se sobresaltó enormemente. A Roxelia le pareció que le habían dado un golpe en el pecho.

—Pe... pero, muchacha... —tartamudeó el sujeto—. ¿De... de dónde sales?

Krottyn dio un par de pasos hacia adelante y se hizo visible.

—No salimos del más allá, Junpho —declaró tranquilamente.

Al verle, Der-Holf tuvo que apoyarse en la jamba de la puerta para no caer al suelo. Entonces, Roxelia empezó a presentir la verdad.

—Será mejor que hablemos en el interior —propuso el terrestre.

* * *

—Su... supongo que querréis tomar algo —dijo Der-Holf, tratando de recobrar la serenidad.

—No hace falta, Junpho —contestó Krottyn—. Sólo deseamos saber una cosa.

—Si puedo darte la respuesta...

—Es muy sencilla. ¿Por qué?

Der-Holf se enderezó.

—No entiendo —dijo.

—Lo sabe muy bien —exclamó Krottyn en tono acusador—. Aunque aparenta ser fiel al primer ministro, Varko, en realidad, trabaja para usted.

—¡Qué tontería! Varko, el hombre más fiel de Shubaddar... Si pudiera, me destrozaría con sus propias manos. Por fortuna, tengo un prestigio muy grande y Shubaddar no se atreve a darle esa orden.

—Shubaddar no le daría esa orden, porque le desprecia a usted y con todos sus defectos, que son muchos, no quiere mancharse las manos con su sangre. Pero usted, al parecer, piensa lo contrario, y además, de una manera horriblemente retorcida. Los hombres que me atacaron al salir de su casa, en la anterior ocasión, no obedecían al primer ministro, sino a usted.

—Roxelia, llévate de aquí a este horrible mono o no respondo dé mí —dijo Der-Holf coléricamente—. Puedo soportar muchas cosas, en realidad, he sido objeto de toda clase de vejaciones, y nunca he protestado lo más mínimo, pero lo que está insinuando este repugnante cuadrumano es absolutamente inaceptable.

—Junpho, empiezo a sospechar que Frogo tiene razón —contestó la joven con acento sosegado—. Explíquese con claridad, por favor.

—Está todo explicado ya —dijo Der-Holf casi a gritos—. Financié tu viaje a la Tierra, te concedí un crédito ilimitado, para que buscases al mejor cirujano especialista en trasplantes... Florenz es descendiente de nativos de este planeta y aceptó gustoso el trabajo... ¿Cómo puedes dudar de mí a estas alturas?

—Eso no es suficiente —terció Krottyn—. Puede que, en un principio, fuese una buena idea, pero Shubaddar no es tonto precisamente y ha conseguido neutralizar sus proyectos. Usted se dio cuenta con demasiada antelación y preparó un plan secundario, que es el que ahora se está llevando a cabo.

—¡Roxelia! —bramó el sujeto—. ¿Ya no te acuerdas? Tu esposo murió a la hora de celebrada la ceremonia, en pleno banquete de

bodas. Shubaddar no se ha recatado nunca en admitir que él fue quien ordenó su asesinato. ¿Vas a dudar de mí a estas alturas?

Ella pareció desconcertarse. De pronto, Krottyn se acercó al hombre, lo agarró suavemente por un brazo y le dijo algo al oído.

La cara de Der-Holf adquirió en el acto una tonalidad grisácea. Sus ojos parecieron salirse de las órbitas.

Roxelia, atónita, contempló el cambio de expresión y empezó a pensar que su acompañante tenía razón. Der-Holf se pasó una mano por la frente y dio un paso hacia atrás.

—Dispensadme, no me encuentro muy bien...

—Tal vez por eso le ha visitado el doctor Grindo, ¿no es así? —dijo la muchacha.

Der-Holf volvió a estremecerse. Estaba junto a una consola y se apoyó en ella con la mano izquierda, dando la sensación de que no podía tenerse en pie.

De repente, movió la mano derecha-y la introdujo en el cajón más próximo. Krottyn presintió su gesto y golpeó con fuerza el cajón.

La madera saltó en ruidosas astillas. Der-Holf emitió un penetrante alarido de terror. Krottyn lo apartó de un manotazo y sacó la pistola de energía que el sujeto había querido utilizar contra ellos.

—¿Te vas convenciendo, Roxelia?

Ella, muy pálida, asintió. Der-Holf se quejó lastimeramente.

—Mi mano... Me la ha destrozado, tengo todos los huesos rotos... —lloriqueó.

Krottyn le miró despreciativamente.

—No se preocupe —dijo—. Ya le curarán.

Retrocedió unos pasos y abrió la puerta. El capitán Tsoldos apareció en el umbral.

—Puedes llevártelo, capitán —dijo Krottyn.

Tsoldos parecía un poco preocupado.

—Espero que todo salga bien —contestó—. De lo contrario, me juego el puesto... y quizá algo más.

—No temas —sonrió el terrestre—. Antes de que amanezca, habrás conseguido un ascenso. Pero no comuniques la noticia hasta pasada la media noche.

—Creo que será mejor quedarme aquí, vigilándole, con mis hombres —propuso el oficial.

—No es mala idea. De acuerdo, capitán.

Roxelia se sentía estupefacta.

—No entiendo cómo has conseguido ponerte de acuerdo con Tsoldos —manifestó.

—Tsoldos es un buen muchacho, al que no le gustan ciertas cosas —respondió él, evasivamente—. Además, se lo pidió una mujer hermosa...

Tsoldos carraspeó.

—Corramos un tupido velo —dijo alegremente—. ¿Van a la Torre? —preguntó.

—Sí, ahora mismo.

—Fuera tienen mi aerococoche. ¡Buena suerte!

—Cuide de ese granuja —dijo Krottyn, en el momento de salir.

Había cuatro o cinco soldados en el exterior. Tsoldos los llamó, mientras ellos embarcaban en el vehículo. Roxelia se sentó en el puesto del piloto.

—Si vamos a la Torre volando, nos verán llegar...

—No, si haces exactamente lo que yo te diga.

—Muy bien, tú mandas.

El aparato se elevó raudamente. Al cabo de unos momentos, ella dijo:

—Me siento abrumada. ¿Cómo lo supiste?

—Empecé a sospechar algo en el momento en que unos tipos aparecieron con sospechosa rapidez para encadenarme y luego arrojarme al lago. Además, Shubaddar no se habría molestado en una ejecución tan aparatosa, aparte de costosa en tiempo; simplemente, habría ordenado que disparasen contra mí, dondequiera que pudiese encontrarme. Pero, fíjate bien en el detalle, ha podido movilizar a todas sus fuerzas policiales contra mí y no lo ha hecho. No me concede la suficiente importancia como para creer que puedo hacerle tambalear en su puesto. ¿Lo vas entendiendo ahora?

—Sí. A pesar de todo, ordenó asesinar a mi esposo... Murió delante de mis ojos, Frogo.

—No lo dudo, pero eso debe de tener alguna explicación y muy pronto lo sabremos.

Roxelia guardó silencio, profundamente pensativa. Al cabo de unos momentos, volvió a hablar:

—Frogo, ¿qué harás cuando todo haya terminado? —quiso saber.

El se encogió de hombros.

—¿Qué puedo hacer? Soy ya un simio gigante y no puedo cambiar de figura. Me iré al bosque de Irmgod y viviré con sus habitantes. Buscaré

una hembra, me aparearé, tendré descendencia... y les enseñaré cosas que pueden aprender fácilmente. Construirán refugios, herramientas, armas para defenderse de sus enemigos naturales y también de los seres humanos. Les enseñaré a encender fuego, sabrán lo que es la rueda... El fuego y la rueda, los dos instrumentos que sacaron al hombre prehistórico de su estado salvaje...

—Y allí, en Irmgod, fundarás un estado y promulgarás leyes y gobernarás a tus súbditos —sonrió ella.

—Sí, parece que ése es mi destino. Bien mirado, y ahora que ya me he resignado a mi cuerpo, no es tan malo. Hay muchos alicientes en la tarea...

—No sabes cuánto siento lo que hice —dijo Roxelia, muy apenada—. Daría cualquier cosa por poder devolverte tu cuerpo, créeme.

—No te preocupes ya por ello —contestó Krottyn—. No tiene remedio y es mejor olvidarlo. Ahora, concéntrate en el manejo de este trasto.

—¿Cómo piensas llegar a la Torre? —preguntó la joven—. Si nos acercamos siguiendo una ruta normal, nos avistarán y dispararán contra nosotros...

—Hay una forma de llegar. Sube a cuatro mil metros y procura situarte exactamente en su vertical. Luego desciende a plomo. No se darán cuenta de nuestra llegada.

—¿Y después? Quiero decir, cuando estemos ya en la plataforma. Hay puertas, pero estarán cerradas...

—Pero también hay cuerdas y ganchos —sonrió Krottyn.

CAPITULO XII

El aerocoche se posó en la plataforma de la torre, sin que nadie hubiese advertido su llegada. Krottyn saltó inmediatamente al suelo y corrió hacia la barandilla, con un rollo de cuerda en el hombro izquierdo.

Al llegar a la barandilla, se inclinó hacia abajo y miró la estructura durante unos instantes. Luego dio cuatro o cinco pasos en sentido lateral y movió la mano.

—Ven —dijo.

Ella le siguió. Krottyn enganchó la cuerda a uno de los hierros y luego la dejó caer en el vacío.

—Sube a mi espalda y agárrate bien a mi cuello —indicó.

Roxelia obedeció sin vacilar, pero cerró los ojos inmediatamente. Krottyn pasó al otro lado de la barandilla y, sin perder un segundo, inició el descenso.

Momentos después, quedaban a la altura de la ventana del dormitorio de Arydia. Había luz en la estancia y ello les permitió contemplar lo que sucedía en su interior.

Shubaddar y Grindo hablaban en el centro del dormitorio. Arydia, sentada en la cama, miraba a los dos hombres alternativamente.

—Ahora nos toca a nosotros —murmuró Krottyn.

Inmediatamente, empezó un movimiento pendular, dado que estaban a más de tres metros del hueco. Roxelia volvió a cerrar los ojos al sentirse mareada por aquel balanceo.

De pronto, notó que cesaba el movimiento. Se dio cuenta de que Krottyn se movía ya en terreno firme, y oyó su voz casi en el acto.

—Puedes descabalgar —ordenó él.

La muchacha desmontó. Dentro de la estancia, proseguía la discusión. Ninguno de los ocupantes del dormitorio se había percatado de la presencia de Krottyn y la joven.

—La ventana está cerrada —dijo ella.

—No te preocupes, es sólo vidrio —rió él.

Tomó impulso y se lanzó a través del hueco con toda su potencia muscular. El estallido de los cristales sobresaltó enormemente a los que se hallaban en la estancia.

Arydia lanzó un grito.

—¡Frogo!

Krottyn sonrió.

—Hola, preciosa —dijo alegremente—. Apuesto algo bueno a que te encuentras mucho mejor.

—Tú tenías razón —contestó la enferma—. Lo único que me hacía falta era alimentarme. He hecho ya tres comidas normales y me encuentro enormemente mejorada.

Shubaddar miró a los recién llegados con el ceño fruncido.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó—. ¿Quién os ha dado permiso para...?

—Shubaddar, ¿qué te estaba diciendo ese matasanos cuando llegamos?

Krottyn tenía la vista fija en Grindo. Este palideció en el acto.

—Apuesto algo bueno a que te estaba chantajeando —continuó el terrestre—. La curación de tu hija a cambio de lo que hay en la caja fuerte. ¿Me equivoco?

Shubaddar asintió.

—Exactamente, eso es lo que me ha propuesto. Y he cedido, pero la caja está vacía.

—Es un truco —gritó el médico.

—Doctor Grindo —dijo Krottyn—, usted y sus cómplices se dieron cuenta hace tiempo de que Shubaddar tenía un buen servicio de información y que sus planes podían fracasar. Por eso prepararon otro plan alternativo, que usted mismo empezó a poner en práctica. Sabían el cariño que Shubaddar tiene hacia su hija, y aprovechando una leve indisposición de la chica, algo muy natural, que suele ocurrir con frecuencia en las jóvenes de sus años, empezó a «tratarla», pero, de tal modo, que no sólo no la curaba, sino que iba empeorando día a día. Como médico, sabe muy bien qué se puede hacer para provocar una anemia consuntiva... y eso era lo que tenía esa pobre chica, que era ajena por completo a ciertos manejos. Cuando yo me sentí extrañado de que, en esta época en que se curan prácticamente todas las enfermedades, usted no pudiera sanar a Arydia, empecé a pensar que las cosas no marchaban como debieran.

—Y otro médico, honesto y competente, nos indicó la forma de curar a Arydia —agregó Roxelia.

—De modo que lo habéis hecho vosotros —dijo Shubaddar

—Así es. Arydia no dijo nada porque le pedimos discreción. Pero ya no hay motivos para guardar silencio. La intriga está clara, Shubaddar. Yo podía fallar y sus proyectos fracasarían, pero si Arydia enfermaba incurablemente, tú cederías ante cualquier proposición que se te hiciera, con tal de evitar su muerte. ¿No es eso lo que Grindo te ha pedido hace sólo unos minutos?

Shubaddar asintió.

—Sí, es cierto —confirmó.

—Actuaba por instigación de Der-Holf, un hombre pretendidamente honesto, pero que sólo ambicionaba tu cargo y no podía alcanzarlo sino por medio del engaño y del crimen. Si yo hubiera conseguido lo que deseaban, te habrían acusado de vulnerar la ley, y en consecuencia, exigido tu dimisión. Lo que hay en la caja fuerte, debe permanecer allí hasta el momento de tu relevo como primer ministro, cuando el entrante se hace cargo de las llaves y del símbolo de su puesto.

— ¡Pero el sello ha desaparecido! —gritó Shubaddar.

—El sello que confiere la autoridad está en lugar seguro —contestó Krottyn sorprendentemente.

—Tú no me habías dicho nada... —se quejó Roxelia.

Grindo retrocedió un paso. De súbito, saltó hacia la puerta y la abrió:

—¡Capitán Varko! —aulló—. Dispara contra ese maldito mono. ¡Mátalo inmediatamente!

Varko irrumpió en la estancia, pistola en mano. Antes de que pudiera hacer nada, Krottyn se ladeó, golpeó luego con su mano derecha y el arma que empuñaba el oficial saltó por los aires, tras un horrible chasquido de huesos.

Babeando mil imprecaciones, Grindo se agachó para recoger la pistola. Krottyn lo agarró por la cintura y, elevándolo sobre su cabeza, corrió unos cuantos pasos.

Grindo aulló horriblemente al sentirse catapultado a través del hueco. Atravesó dos metros y medio de pared como una bala y saltó al vacío. Su alarido se alejó en un rapidísimo descenso y muy pronto dejó de escucharse.

Varko yacía en el suelo, completamente inconsciente. Shubaddar se acercó a la puerta y llamó a los guardias. Varko salió momentos después en brazos de dos de los vigilantes.

—Que lo encierren, hasta que llegue el momento de su juicio —ordenó Shubaddar.

Luego cerró la puerta y se encaró con el terrestre.

—Viniste a luchar contra mí y te has puesto de mi lado. ¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó.

—Nada —respondió Krottyn—. Ni tú ni nadie puede darme lo único que deseo.

Shubaddar asintió.

—Creo que te comprendo —murmuró—. Lo siento de veras, pero la idea no fue mía, sino de la mujer que tienes al lado.

Roxelia enrojeció al comprender la alusión.

—Tú ordenaste la muerte de mi esposo —dijo rencorosamente.

El primer ministro sonrió.

—Le amabas, ¿verdad?

—¿Puedes dudarlo?

—Tendrías que conocer la verdad, aunque me parece que no querrás creerme. En fin, de todos modos, diré mi versión. Harun no te amaba, sólo quería tener al lado una mujer hermosa... que encubriese sus manejos. Sí, era un hombre muy rico, pero también ambicioso de poder, por más que te decepcione el saberlo. Recuerda, tengo un buen servicio de información.

Krottyn miró a la joven. Roxelia estaba tensa, rígida, con los labios prietos.

—Harun, tu esposo, lo tenía todo preparado para asesinarme el mismo día de tu boda —continuó—. Oficialmente, era mi amigo, dada su posición, y yo debía ir al final del banquete para brindar por la

felicidad de los novios. ¿Recuerdas que estaba programado así?

Roxelia asintió. Shubaddar continuó.

—Entonces, algunos de los invitados, que tomaban parte en la conjura, me habrían asesinado allí mismo. Yo lo supe a tiempo y envié a mi guardia para arrestarle. Tu esposo no se defendió por la indignación que le causaba su supuesta inocencia, sino porque se vio perdido al saber descubierta la conjura. Naturalmente, el oficial que mandaba la fuerza, al ver que iba a ser atacado, disparó anticipadamente y lo mató —Shubaddar, meneó la cabeza—. Puede que yo no sea bueno, pero los que querían tomar mi puesto son aún peores — concluyó.

—Padre, ellos me salvaron la vida —intervino Arydia.

—Lo sé. Vinieron a luchar contra mí y se pusieron de mi lado. Irónico, ¿verdad, Roxelia?

La joven no contestó. Roja como una guinda, tenía la cabeza baja y respiraba afanosamente.

De pronto, Krottyn lanzó una exclamación.

—Oh, olvidaba algo.

Corrió hacia la ventana, llegó al borde y se lanzó al vacío.

Roxelia chilló. Krottyn, sin embargo, se balanceaba colgado de la cuerda, por la que trepó a continuación con la agilidad propia de su cuerpo de mono.

Regresó minutos más tarde, con algo que colgaba de su cuello, por medio de una gruesa cadena de oro, adornada con enormes piedras preciosas de todas clases. El disco, también del mismo metal y de unos veinte centímetros de diámetro por dos de grueso, estaba maravillosamente trabajado, con unos rarísimos relieves, realizados con un arte incomparable. Asimismo había gran cantidad de gemas, lo cual confería a la joya un valor incalculable, aparte del meramente

artístico.

Krottyn se quitó la cadena y puso el sello en manos de Shubaddar.

—Si se lo hubiera entregado, ellos te lo habrían reclamado. Al no poder enseñarlo, te habrían acusado de traición.

—Son costumbres de nuestro pueblo. Nadie puede ser primer ministro si no se hace cargo del sello —contestó Shubaddar.

—Ahí lo tienes. Es tuyo; ahora sólo tienes que hacer un uso algo mejor de lo que lo has hecho hasta ahora —Krottyn hizo una mueca—. Y no me digas también que son costumbres de tu pueblo hacerme luchar a muerte con un mono gigante.

—Y a mí me amenazaste con matarme como a Harun, si no accedía a tus deseos —acusó la joven.

—Todo eso se puede solucionar. Creo que nos arreglaremos.

—Será mejor que los ayudes, padre —intervino Arydia—. El doctor Belark dijo que ya no me quedaba una semana de vida.

—Lo tendré en cuenta —prometió Shubaddar.

* * *

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Roxelia más tarde, en la casa donde habían residido primeramente.

—Podríamos volver a actuar por las esquinas —dijo Krottyn—. Pero es una perspectiva que no me gusta. Tú volverás a tu vida normal y encontrarás un hombre apartado de la política. Y yo... bueno, ya sabes... Irmgod me espera.

—Shubaddar dijo que le gustaría tener una guardia de monos gigantes. Podrías entrenarlos.

—No, no me seduce la idea. Ellos deben vivir libres, en su bosque,

como han hecho desde tiempo inmemorial. Y yo viviré como uno más entre los monos gigantes.

Repentinamente, Krottyn sintió un agudo pinchazo en el omoplato izquierdo.

—¿Qué diablos...?

Delante de él, Roxelia lanzó una exclamación de asombro. Krottyn empezó a Volverse, pero sólo vio la puerta cerrada.

Casi en el acto, sintió que se le doblaban las rodillas. «Me han disparado un dardo narcótico», pensó, segundos antes de perder el conocimiento.

Despertó mucho más tarde y se sintió envarado y torpe. Al intentar moverse, vio que estaba tendido en una cama, a la cual se hallaba sujeto por varias correas.

Luego le pareció sentirse muy cansado y volvió a cerrar los ojos, sumiéndose en un profundo sueño. Al despertar de nuevo, se encontró algo mejor.

Pasado un buen rato, movió la mano para rascarse un poco la mejilla que le picaba. Entonces notó algo que le hizo estremecerse de pies a cabeza.

—Dios, no es posible...

Dos personas entraron entonces en la habitación. A Krottyn le pareció que se repetía una escena ya contemplada muchos meses antes.

—Hola —saludó el doctor Florenz.

Los labios del joven temblaban.

—Pero usted... estaba muerto...

—Soy un tipo listo, aunque me esté mal el decirlo. Habia notado cierto

movimiento de espías y decidí anticiparme a ellos. Con dinero, claro; así pude preparar la escena que uno filmó y envió a Shubaddar. Todo fue un truco, tu cuerpo no fue carbonizado ni el cadáver que viste era el mío. Un poco de teatro, pero bien realizado, ¿comprendes?

Krottyn miró a la joven. Ella dijo:

—Yo no lo sabía, te lo juro.

—Preferí callar. Las cosas saldrían mejor así —explicó Florenz—. Pero he visto que estábamos equivocados. No porque los otros sean peores que Shubaddar, sino porque la política, cierta política, al menos, no merece la pena correr el menor riesgo. Bueno, lo que falta es ya sencillo. Rehabilitación muscular, entrenamiento para coordinación entre la mente y el cuerpo... y esta chica tan bonita te ayudará con mucho gusto, me parece.

—Si tú quieres, Gil —murmuró Roxelia, que se veía sumamente conturbada.

Krottyn se palpó nuevamente la cara.

—¿No hay un espejo por alguna parte? Me resulta increíble...

Florenz se echó a reír.

—Os dejo solos —se despidió.

Roxelia le entregó el espejo. Krottyn suspiró, satisfecho.

—Entonces, fue el doctor quien me anestesió, en Frecqul.

—Sí. Y estás todavía en Frecqul. Vino aquí, con tu cuerpo...

Krottyn cerró los ojos un instante. Todas sus aventuras desfilaron en su mente en fracciones de segundo. Taruk, Drya, Brorr, Der-Holf, Tsoldos, Arydia, Varko, el doctor Grindo. .. ¡Qué lejos le parecía ya todo!

Volvió a abrir los ojos y sonrió.

—Bien, Roxelia, confío en tu ayuda para que pueda recuperarme satisfactoriamente, tras este viaje de ida y vuelta de mi cerebro. ¿Y después?

—No lo sé —contestó la joven—. Pero podemos continuar siendo amigos.

—¿De veras?

—He estado mucho tiempo a tu lado y he llegado a la conclusión de que te aprecio. Yo veía tu cuerpo, pero era tu mente la que hacía actuar al mono gigante.

—Me parece que te entiendo. Lo que importa es el espíritu...

—Y también la figura, claro.

Roxelia desató las correas y alargó el brazo.

—Dame tu mano —pidió.

Krottyn accedió. Se estremeció ligeramente al sentir el suave contacto de la mano femenina.

—Esto ya es otra cosa —dijo alegremente—. Roxelia, ¿siempre amigos?

Ella le dirigió una intensa mirada.

—Quizá lleguemos a ser algo más —respondió.

—No me disgustaría en absoluto —convino el terrestre que ya vivía en su cuerpo, y no en el de un simio.

F I N